ANTONIO TABUCCHI

La línea del horizonte



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

LA LÍNEA DEL HORIZONTE

ANTONIO TABUCCHI

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Il filo del'orizzonte

Edición en formato digital: noviembre de 2022

© imagen de cubierta, Ángel Jové, a partir de un fotograma del film Parfait Amour de Jan van de Velde (particular)

© de la traducción, Joaquín Jordà, 1988

© Giangiacomo Feltrinelli Editore, 1986

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1988
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4562-4

Composición digital: www.acatia.es
anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

El haber sido pertenece en cierto modo a un «tercer género», tan radicalmente heterogéneo del ser como del no ser.

VLADIMIR JANKELEVITCH

1

Para abrir los cajones hay que apretar y girar el asa a presión. Entonces se suelta el muelle, el mecanismo salta con un suave clic metálico, se ponen automáticamente en marcha los cojinetes, los cajones están ligeramente inclinados y corren por sí solos sobre unos pequeños rieles. Primero aparecen los pies, luego el vientre, luego el tronco, y finalmente la cabeza del cadáver. A veces, en el caso de los cadáveres a los que no se les ha practicado la autopsia, hay que ayudar al mecanismo tirando con las manos, porque algunos tienen el vientre hinchado que choca con el cajón superior y obstaculiza el movimiento. Aquellos a los que se les ha practicado la autopsia, por el contrario, están flacos, como secos, con aquella especie de cremallera a lo largo del vientre y el interior relleno de serrín. Parecen grandes muñecos, enormes monigotes de una representación ya concluida que han sido arrojados a un depósito de antiguallas. A su manera esto es un almacén de la vida. Los detritus del escenario, antes de su definitiva desaparición, realizan aquí una última parada en espera de una clasificación oportuna, porque no se pueden ignorar las causas de su fallecimiento. Por esa razón permanecen aquí, y él los asiste y los vigila. Administra la antecámara de la definitiva desaparición de su imagen visible, registra su entrada y su salida, los clasifica, los numera, a veces los fotografía, rellena la ficha que les permite desaparecer del mundo de lo sensible, les proporciona el último billete. Él es su compañero último y algo más, como un tutor a posteriori, impasible y objetivo.

Por otra parte, ¿es tan grande la distancia que separa a los vivos de los muertos?, piensa a veces. No sabe contestarse. La convivencia, llamémosla así, ayuda en cualquier caso a reducirla. Tienen que llevar una cartulina pegada al pulgar del pie en la cual se anota un número de matrícula, pero él está convencido de que en su remoto estar presentes ellos detestan ser clasificados con un número como si fueran objetos. Por este motivo, para sus adentros los llama con apodos chistosos, a veces completamente gratuitos, y a veces suscitados por un vago parecido o por una circunstancia en común con el personaje de una vieja película: Mae West, Profesor Unrat, Marcelino Pan y Vino. Marcelino, por ejemplo, es igual que Pablito Calvo: cara redonda, rodillas salientes, flequillo negro y brillante. Trece años, caído de un andamio, trabajo clandestino. El padre en paradero desconocido, la madre vive en Cerdeña y no puede venir, se lo envían mañana.

Del primitivo hospital solo el servicio de urgencias y el depósito de cadáveres han permanecido en esta parte vieja de la ciudad, llamada también centro histórico, que desde hace tiempo está en fase de estudio y saneamiento. Pero los años pasan, las administraciones municipales se suceden, los intereses cambian y la parte por sanear enferma cada vez más. Y además la ciudad presiona amenazante desde otras zonas, atrae a otros lugares la atención de los

expertos, en donde se acumula la población «productiva», donde han nacido dormitorios inmensos. Allí están los edificios que exigen la intervención de los departamentos técnicos: a veces la colina se desmorona como si se sacudiese de encima aquellas feas costras, y entonces se disparan las medidas urgentes, los presupuestos excepcionales; y también están las calles por hacer, las tuberías por enlazar, las escuelas, las guarderías, los consultorios. Aquí, en cambio, se trata de una agonía difusa, una lepra lenta que ha invadido paredes y casas cuya ruina es solapada e imparable, como una condena. Habitan en ella ancianos y prostitutas, vendedores ambulantes, pescaderas, jóvenes parados, drogueros con tiendas oscuras y antiguas, húmedas, que huelen a especias y a bacalao, en cuyas puertas se leen con dificultad rótulos desteñidos que dicen: «Vinos-Ultramarios-Tabacos.» Los barrenderos pasan raramente, también ellos desdeñan los detritus de esta humanidad menor. De noche

en las callejuelas relucen jeringuillas, bolsas de plástico, la masa indescifrable de alguna rata muerta en una esquina, donde un anuncio fosforescente del Pest-Control advierte que no se deben tocar los trozos de comida de color cardenillo esparcidos por el suelo.

Varias veces Sara ha insistido en irle a recoger las noches en que su turno acaba a las diez, pero él siempre se ha opuesto. No tanto por la gente; de noche la calleja está habitada por tres tranquilas prostitutas que tienen atentos protectores en las ventanas de los primeros pisos. Teme más que nada la manada de ratas que de noche se pasean agresivas, es imposible hacerse una idea de lo grandes que son, seguro que Sara se aterrorizaría, ella no puede ni imaginárselas. Es cierto que en esta ciudad abundan las ratas, pero en esta zona la cría es excepcional. Spino tiene una teoría, pero nunca se la ha contado a nadie, y mucho menos a Sara. Cree que es la presencia del depósito de cadáveres lo que las excita.

2

La noche del sábado suelen ir a la Linterna Mágica. Es un cineclub situado en lo alto del Vico dei Carbonari, en un pequeño patio que parece un rincón de pueblo, recuerda a casas de labranza, parcelas de terreno, otros tiempos. Desde arriba se ve el puerto, el mar abierto, el ovillo de callejuelas de la vieja judería, el campanario rosado de una iglesia ceñida entre paredes y casas, invisible desde otros lugares, insospechada. Hay que subir por una escalinata de ladrillos corroídos por el uso, con un largo pasamanos de hierro bruñido que se retuerce sobre el muro descascarillado e invadido por matorrales de alcaparras que han recubierto las pintadas desteñidas. Todavía se puede leer en él: *Viva Coppi; La ley-estafa no pasará*. Cosas añejas. Las noches de verano, después del cine, concluyen la velada en un pequeño café situado en la parte final de la callejuela, donde dos mojones de granito con una cadena limitan una terracita rodeada por un muro inseguro, debajo de una pérgola. Hay cuatro mesitas de mármol, con las patas de hierro verde, en las que las huellas redondas del vino y del café, que el mármol ha absorbido y hecho suyos, dibujan jeroglíficos, figuritas por interpretar, la arqueología de un pasado reciente de otros parroquianos, de otras veladas, tal vez borracheras y fiestas con partidas de cartas y canciones.

Debajo de ellos se precipita la desordenada geometría de la ciudad, las luces de los pueblos del golfo, el mundo. Sara toma un granizado de menta, que aquí siguen haciendo con una maquinita rudimentaria, rascando la barra de hielo con un rallador encerrado en una cajita de aluminio en la que el hielo triturado se vuelve compacto y blando como la nieve. El propietario es un hombre gordo, con bolsas debajo de los ojos y el andar perezoso, lleva un delantal blanco que le resalta el vientre, sonríe, pronuncia siempre avaras meteorologías: «Mañana refrescará, esto es levante»; o bien: «Este bochorno anuncia lluvia.» Se jacta de conocer los vientos y el tiempo, de joven fue marinero, se había embarcado en un vapor que hacía la ruta de las Américas.

Sara recoge las piernas y se cubre los hombros con el chal, incluso cuando hace calor, porque el aire nocturno le provoca las molestias de la artrosis. Mira hacia el mar, una masa oscura que podría ser la noche si las luces inmóviles de las naves en espera de entrar en el puerto no destacaran su ser mar. «Qué hermoso sería irse -dice-, ¿no es cierto?» Sara lleva diez años diciendo que sería hermoso irse, y él le contesta que un día u otro tal vez convenga hacerlo. Por un tácito acuerdo la conversación sobre el tema nunca ha continuado más allá de estas dos frases rituales; sin embargo, eso no impide que él sepa cuánto sueña Sara su imposible partida. Lo sabe porque no le resulta difícil acercarse a sus sueños. En sus fantasías hay un transatlántico, con una tumbona sobre cubierta y una manta escocesa para protegerse de la brisa marina; y unos cuantos

señores con pantalones blancos juegan en el fondo del puente, a un juego inglés. Son necesarios veinte días para llegar a Sudamérica, pero no se especifica a qué ciudad: Mar del Plata, Montevideo, Salvador de Bahía, es indiferente; Sudamérica es pequeño en el espacio de un sueño. Es una película con Mima Loy que a Sara le gustó mucho; las veladas son elegantes, a bordo hay baile, el puente está iluminado por guirnaldas de luces y la orquesta toca *What a night, what a moon, what a girl* o algún tango de los años treinta, como *Por una cabeza*. Ella viste un traje de noche con un echarpe blanco, se deja cortejar por el caballeresco capitán y espera a que su hombre abandone la enfermería y acuda a sacarla a bailar. Porque, naturalmente, además de su hombre, Spino es el médico de a bordo.

Si el sueño de Sara no es exactamente ese, seguro que no difiere mucho. La noche en que vieron *Tener y no tener* le pareció tan melancólica; se apretaba contra su brazo, y después, mientras se tomaba el granizado, volvió al viejo tema de la licenciatura fallida. Ahora es ya incluso inútil que él aduzca el argumento de los años; ¿quiere darse cuenta de una vez de que a su edad ya no se tienen ganas de regresar a los pupitres de la escuela? Y además el expediente universitario, la burocracia, los antiguos compañeros de curso que serían sus examinadores: le parece intolerable. No sirve de nada, ella insiste: la vida es larga, incluso más larga de lo que uno espera, y no se tiene derecho a desperdiciarla. Y entonces él prefiere mirar a lo lejos, no contesta, calla para dejar morir esas conversaciones con el fin de que no surja ningún argumento que tenga relación con su diploma fallido. Se trata de una conversación que le apena, y además entiende perfectamente lo que ella siente. Pero ¿qué puede hacer? Es cierto que a su edad esta vida de amantes clandestinos es una extravagancia un poco incómoda; pero es tan difícil romper las costumbres, pasar repentinamente a la vida conyugal. Y además le aterroriza la idea de convertirse en padre de aquel dieciochoañero huidizo, con su absurda manera de hablar y su aire indolente y banal. A veces le ve pasar mientras regresa de la escuela y piensa: sería tu padre, tu vicepadre.

Está claro que no es un tema del que le guste hablar. Pero tampoco Sara tiene ganas de hablar de ello; le gustaría que a él le gustara. Así que tampoco ella habla de ello; y, por el contrario, habla de películas. La Linterna Mágica ha hecho dos retrospectivas dedicadas a Mirna Loy y a Bogart, incluso *Estrictamente confidencial*: contienen abundante material para sus chismorrees. ¿Se ha fijado él en los echarpes que lleva Mirna Loy? Claro que se ha fijado, caramba, son tan llamativos; pero también los fulares de Bogart, siempre suaves y con lunares, realmente insoportable…, a veces le parece que de la pantalla llegan tufaradas de colonia y brillantina. Sara ríe suavemente, con su delicado hipo. Pero ¿por qué no hacen también una retrospectiva de Virginia Mayo? Bogart la trataba como a un perro, qué asqueroso, ella siente una especial ternura por Virginia Mayo, murió destruida por el alcohol en la habitación de un motel porque él la había abandonado. Pero, *a propósito*, aquella nave en el puerto, ¿no parece un transatlántico?, en su opinión está demasiado iluminada para ser un mercante. Él no está seguro, bueno, no sabría qué decir; pero quizás no, ahora ya no se utilizan transatlánticos, están todos en desguace, ha quedado alguno para los cruceros, ahora la gente viaja en avión, quién quieres que vaya en transatlántico. Ella dice: «Ya, tienes razón», pero por el tono él percibe que no está de acuerdo, solo resignada. Mientras tanto el propietario del café da vueltas con un trapo en la mano limpiando las mesitas vacías. Es un mensaje silencioso: si tuvieran la amabilidad de quitarse de en medio él cerraría el establecimiento y se iría a dormir, lleva en pie desde las ocho de la mañana y los años pesan más que la barriga. Y además la brisa se ha hecho fresquita, la noche

está cargada de silencio y de humedad, se nota un manto de salitre en los brazos de las sillas, puede que sea mejor marcharse, Sara está de acuerdo en que es mejor, tiene los ojos brillantes, él nunca sabe si es emoción o mero cansancio. «Me gustaría que esta noche durmieras conmigo», le dice. Spino dice que también a él le gustaría. Pero mañana es su día libre, ella irá a verle por la mañana y estarán juntos hasta la noche, él preparará cualquier cosa para comer en la cocina y pasarán toda la tarde en la cama; ella le susurrará que es una lástima que se hayan conocido tan tarde, cuando la suerte ya estaba echada; está segura de que con él habría sido feliz; puede que él piense lo mismo, pero para reconfortarla le dirá que no, una cosa es ser amantes y otra ser cónyuges, lo cotidiano es el peor enemigo del amor, lo tritura.

El dueño del café ya está bajando la puerta metálica y murmura a media voz buenas noches.

3

Lo han traído en plena noche, la ambulancia ha llegado en silencio, con las luces bajas, y Spino ha pensado inmediatamente: ha ocurrido algo horrendo. Creía estar durmiendo, y sin embargo ha oído perfectamente el motor de la ambulancia que enfilaba el callejón con excesiva calma, como si ya no hubiera remedio, y él ha entendido que la muerte llegaba lentamente y que aquella es la auténtica medida de la muerte, sin prisas e inexorable.

A esa hora la ciudad duerme, esta ciudad que durante el día no encuentra reposo, se acallan los ruidos de la circulación, de vez en cuando el zumbido aislado de un camión que recorre la carretera de la costa, en las extensiones del silencio nocturno permanece el ronquido de la fundición que preside la ciudad a poniente como un espectral centinela con luces lunares; las portezuelas de la ambulancia han resonado cansadamente en el patio, luego ha oído que la puerta corrediza se abría y le ha parecido percibir el olor con el que el frescor nocturno impregna los trajes de las personas, como ese hedor ácido y ligeramente desagradable que tienen algunas habitaciones cuando en ellas ha dormido un hombre. Eran cuatro policías y tenían la cara pálida, cuatro muchachos de pelo oscuro y gestos de sonámbulos, no han dicho nada, otro que se había quedado fuera ha balbuceado en la oscuridad algo que Spino no ha entendido; entonces los cuatro han salido con el andar de quien no acaba de entender lo que hace, le ha parecido asistir a un ballet elegante y funesto cuya sintaxis le era desconocida.

Después han entrado de nuevo con un cuerpo en la camilla y todo se ha desarrollado en silencio: han sacado el cuerpo de la camilla y él lo ha depositado en la lámina inoxidable, ha abierto las manos contraídas, con una venda ha apretado las mandíbulas a la cabeza: no ha preguntado nada, porque todo era de una evidencia definitiva, y ¿qué importaba la mecánica de los hechos? Ha anotado la hora de entrada en el registro, ha pulsado el timbre que suena en el primer piso con el fin de que el médico de guardia venga a verificar el fallecimiento, los cuatro muchachos se han sentado en el banco descascarillado y han estado fumando, parecen náufragos, después ha bajado el médico, ha comenzado a hablar y a escribir, ha mirado al quinto muchacho, que estaba herido y se quejaba mansamente; Spino ha telefoneado al Hospital Nuevo y ha dicho que prepararan el quirófano de urgencias, enseguida se encargaba de enviar el herido. «Aquí no tenemos ni siquiera instrumental -ha dicho-, ahora solo somos un depósito de cadáveres.»

Después el médico ha subido por la escalera de servicio y alguien ha sollozado, uno de los chicos, y ha murmurado: «Ay, madre», apretándose los ojos con las manos como para borrar una escena que se le había quedado grabada; y entonces él ha sentido un cansancio opresivo, como si le pesara sobre los hombros el cansancio de todo lo que le rodeaba, ha salido al patio y ha notado que también el patio estaba cansado, y las paredes de aquel viejo hospital estaban cansadas, así

como las ventanas, y la ciudad, y todo; ha mirado hacia arriba y le ha parecido que incluso las estrellas estaban cansadas, y ha deseado que existiera una excepción para todo lo que existe, como un aplazamiento o un olvido.

4

Ha paseado toda la mañana a lo largo del puerto, ha llegado hasta las aduanas, y los muelles comerciales. Había una nave fea con el nombre *Liberia* en la popa que descargaba sacos y cajas. Un negro que contemplaba la maniobra de descarga apoyado en la amura le ha hecho un gesto de saludo y él le ha contestado. Luego ha surgido del mar un nubarrón bajo que en un instante ha llegado a tierra envolviendo el faro y las grúas que se han disuelto en la niebla; el puerto se ha oscurecido y los herrajes han brillado. Ha cruzado la Piazza delle Vettovaglie y se ha dirigido a los ascensores que suben hasta las colinas, por encima de los edificios que sirven de bastión a la ciudad. A esa hora no hay nadie en los ascensores, se llenan a última hora de la tarde, cuando la gente regresa a casa del trabajo. El ascensorista es un viejecito con un uniforme negro y una mano de madera, en la solapa de la chaqueta lleva un distintivo de mutilado de guerra, es habilísimo accionando con una sola mano las palancas y aquel extraño círculo de hierro que parece la campana de un tranvía. Junto a las ventanillas de la cabina, que en el primer trecho del recorrido circula sobre vías como un funicular, desfilan las paredes maestras de las casas, pequeñas plazoletas oscuras habitadas por los gatos, puertas de patios en los que se ve una palangana, una bicicleta oxidada, geranios y albahaca plantados en latas de atún. Luego, de repente se abren las paredes: es como si el ascensor hubiera perforado los techos y apuntara directamente hacia el cielo, por un instante uno se siente suspendido en el vacío, los cables de tracción se deslizan silenciosamente, el puerto y los edificios huyen hacia abajo, se tiene casi la impresión de que la ascensión ya no se detendrá, la fuerza de la gravedad parece una ley absurda, y la ciudad, un juguete al cual es un alivio desacostumbrarse.

Se detiene en el umbral de un exiguo jardín con una marquesina, como una estación de montaña, hay también un asiento de madera excavado en el tronco de un árbol, si uno no se volviera a mirar el mar, podría tener la impresión de que está en Suiza o en las alturas de un lago alemán. De allí parte un sendero que lleva a un restaurante húngaro, se llama así, Hungría, y dentro hay una hermosa mujer anciana y su marido cascarrabias; con los clientes hablan un italiano inseguro y entre sí discuten en húngaro, quién sabe por qué se obstinan en mantener abierto ese pobre chalet, cada vez que Spino los visita el local está desierto, la vieja es diligente y le llama señor capitán, es absurdo, siempre le ha llamado señor capitán.

Se ha sentado en una mesa próxima a la ventana, es increíble que a aquella altura las sirenas de las naves lleguen con mayor nitidez que si estuvieran al lado, ha encargado un plato y luego el café que la mujer prepara a la turca, sirviéndolo en enormes tazas de porcelana azul que tal vez pertenecieron a su juventud húngara.

Después de la comida ha descansado un poco, con los ojos abiertos y la cabeza apoyada en

las manos, pero no ha percibido nada, exactamente como si durmiera. Se ha quedado sintiendo el tiempo que fluía lento, el cucú del reloj sobre la puerta de la cocina se ha asomado a cantar cinco veces, ha llegado la vieja y le ha traído una tetera envuelta en un paño de fieltro; él ha saboreado el té largo rato; el viejo hacía un solitario en la mesa contigua y de vez en cuando le miraba con los ojitos mongoles, aludiendo sonriente a los naipes que no salían. Le ha invitado a jugar y ha hecho una brisca, ambos muy atentos al juego, como si fuera la cosa más importante del mundo y de ella dependiera el desenlace de un acontecimiento que desconocían pero que suponían superior a la realidad de sus presencias. Ha caído un crepúsculo azulado y la vieja ha encendido las luces detrás del mostrador, con dos pantallas de pergamino consteladas de cagadas de mosca y sostenidas por dos ardillas embalsamadas, un poquito absurdas en aquel restaurante que se asoma a una ciudad marítima.

Entonces ha telefoneado a Corrado, pero no se hallaba en la redacción, luego han conseguido encontrarlo en la linotipia, le ha parecido un poco excitado, «¿pero dónde te has metido? -ha gritado Corrado para cubrir el ruido de las máquinas-, llevo todo el día buscándote». Spino le ha dicho que estaba en el Hungría, si quería reunirse con él le vería encantado, estaba solo. Corrado ha contestado que no podía y el tono parecía expeditivo, tal vez enfadado. Se ha justificado diciendo que el diario estaba a punto de entrar en máquinas y la crónica parecía un comunicado oficial, con aquella desagradable historia que mañana leería toda la ciudad; llevaba todo el día intentando reconstruir lo sucedido sin conseguir confeccionar un artículo decente, el cronista que había enviado al lugar de los hechos había regresado con una versión confusa, la gente no sabía nada y a la policía no había modo de arrancarle una palabra, si por lo menos hubiera conseguido encontrarle un poco antes le habría preguntado algún detalle, se ha enterado de que él estaba de guardia. «Ni siquiera han querido decirme cómo se llama -ha concluido molesto-, solo sé que llevaba documentación falsa.»

Spino ha permanecido en silencio y Corrado se ha calmado. Por el auricular oía el ruido de las máquinas, monótono y líquido como las olas. «Déjate caer por aquí, por favor», ha continuado Corrado en un tono repentinamente desarmado; y a él le ha parecido ver la expresión infantil que la cara de Corrado adopta en los momentos de desconcierto.

-No puedo -ha dicho-, lo siento, Corrado, pero precisamente esta noche no puedo. Tal vez mañana o más tarde, ya te llamaré yo.

-De acuerdo -ha dicho Corrado-, de todos modos tampoco me daría tiempo de modificar el artículo, me bastaría por lo menos con el nombre, ¿tú oíste algo anoche, recuerdas si alguien pronunció un nombre?

Él estaba mirando al otro lado de la ventana y la noche había caído, por la colina rodaba una cascada de luces: los coches que bajaban a la ciudad. Ha pensado por un instante en la noche anterior y no ha recordado nada, qué curioso, la única imagen que se le ha pasado por la cabeza ha sido la diligencia de una vieja película que asomaba por la parte derecha de la pantalla y se agigantaba hasta su primer plano como si se dirigiera hacia él, niño, que la contemplaba desde la primera fila del cine Aurora, un jinete enmascarado la perseguía al galope, luego el postillón empuñaba el fusil y en la pantalla estallaba un disparo fragoroso mientras él se tapaba los oídos.

-Llámale Kid -ha dicho.

5

El artículo de la *Gaceta del Mar*, sin firma y anunciado en primera página, estaba en la sección de sucesos, a dos columnas: un espacio discreto en una página interior. Para compensar estaba la foto del muerto. Es la foto que hizo la policía, Corrado ha conseguido que se la dieran, y, por otra parte, también a los investigadores les conviene que se publique, si quieren saber quién es. Debajo de la foto aparecía escrito: *El bandido sin nombre.*

Ha abierto el diario sobre la mesa apartando los restos del desayuno mientras Sara se ha puesto a arreglar las otras habitaciones. «¿Has visto? -le ha gritado ella desde la cocina-, parece que nadie le conoce. Pero el artículo no debe de ser de Corrado, ni siquiera está firmado.»

Él sabe que no es de Corrado, los datos los ha recogido un cronista joven y muy emprendedor que hace unos cuantos meses se ocupó de la corrupción portuaria provocando un maremágnum. Se ha limitado a leer la parte central, saltándose el preámbulo sobre la lucha contra el crimen, lleno de tópicos.

«Un trágico enfrentamiento a tiros se ha producido esta noche en nuestra ciudad, en el popular barrio del Arsenal, en un piso situado en la última planta de un viejo edificio de Via Casedipinte. Según una información sobre cuyas fuentes los investigadores mantienen la más estricta reserva, cinco hombres del Cuerpo Especial de las fuerzas del orden han irrumpido, poco después de la medianoche, en el piso en cuestión. A la orden de "¡Abran, policía!", los ocupantes, cuyo número no ha sido especificado, han disparado repetidamente a través de la puerta y han herido gravemente a un agente. Se trata del agente Antonio Di Ñola, de veintiséis años, con dos meses de servicio en nuestra ciudad, que ha sido sometido a una delicada intervención quirúrgica. A continuación los delincuentes se han parapetado en un cuarto contiguo a la entrada, por cuya ventana han escapado a través de los tejados. Pero antes de huir (y tal vez sea este el aspecto más confuso de la historia) han disparado contra uno de sus propios compañeros. El hombre ha expirado antes de llegar al Hospital Viejo, adonde ha sido transportado con urgencia. La identidad del hombre no es conocida. Por lo que parece, los documentos que llevaba encima eran falsos. Se trata de un joven que aparentaba entre veinte y veinticinco años, barba castaña, ojos azules, delgado, estatura media. Para los habitantes de la zona resulta, de hecho, un desconocido, aunque vivía allí desde hacía casi un año. Decía llamarse Cario Noboldi y manifestaba ser estudiante, aunque no consta en las secretarías universitarias. Los comerciantes del barrio sostienen que se trataba de una persona amable y correcta, siempre puntual a la hora de pagar las cuentas. El piso, que consta de dos habitaciones y un altillo, pertenece a una orden religiosa que había hospedado al joven el pasado año, cuando se había presentado como persona indigente que volvía del extranjero. El prior de la orden, al que el

llamado Noboldi pagaba un alquiler meramente simbólico, se ha negado a hacer declaraciones a los periodistas. El nuevo crimen, que una vez más sitúa trágicamente a nuestra ciudad en el primer término de las crónicas de la violencia, arroja nuevos temores en las conciencias de los ciudadanos, turbadas por los acontecimientos de los últimos tiempos.»

Sara se le ha pegado a los hombros y echada hacia adelante se ha puesto a leer con la cabeza cerca de la suya. Le pasa la mano por el cabello y en aquel gesto hay comprensión y ternura. Permanecen un instante absortos ante la fotografía del desconocido, luego ella deja escapar una frase que le provoca una especie de confusión.

-Con barba y veinte años menos podrías ser tú -dice.

Él no contesta, como si fuera una observación sin importancia.

6

En la puerta corrediza había una nota de Pasquale: *enseguida vuelvo*. A las once de la mañana Pasquale sale siempre a tomar café. En lugar de esperarle en el patio, Spino ha preferido reunirse con él, pues sabía dónde encontrarlo. Hacía un hermoso día, la calle resultaba agradable, ha salido del hospital y ha recorrido la oscura calleja que desemboca en la plazuela donde están las mesitas de una terraza de café. Pasquale estaba sentado a una mesa y leía el periódico. Debe de haberle asustado, porque cuando le ha hablado aproximándose por la espalda se ha sobresaltado ligeramente; después, con aire resignado, ha doblado el periódico dejando unas monedas sobre la mesita. Han caminado tranquilamente, como si pasearan, luego Pasquale ha dicho que era una triste historia y Spino ha contestado: «Ya», y Pasquale ha dicho: «Yo quiero que me entierren en mi pueblo, allí es donde quiero estar, bajo la montaña.»

Ha pasado un autobús y el ruido ha cubierto sus últimas palabras. Han cruzado el jardincillo donde los pasos de la gente han trazado un sendero entre los arriates que está prohibido pisar. Spino ha dicho que no pensaba ir a la sección, solo quería saber si se había presentado alguien: un pariente, un conocido. Pasquale ha movido la cabeza con aire disgustado y ha dicho: «Qué mundo.» Spino le ha rogado que si le era posible no se ausentara, y Pasquale ha replicado que si los parientes aparecían empezarían por dirigirse a la policía, era evidente que no irían al hospital. Se han separado en el cruce, donde el camino del jardín se sumerge en las casas del casco antiguo, y él se ha dirigido a la parada del treinta y siete.

Cerrado no estaba, tal y como Spino temía. Se imaginaba que habría ido personalmente en busca de más noticias: evidentemente las que había obtenido de su cronista no le habían satisfecho. Se ha paseado un rato por la redacción, saludando a los conocidos, pero nadie le prestaba mucha atención. En el ambiente parecía haber cierta impaciencia y nerviosismo, él ha pensado que lo sucedido, con su carga trágica, gravitaba sobre aquella sala haciendo a los hombres febriles y vulnerables. Luego ha aparecido un hombre por una puerta agitando una hoja y ha gritado que los tanques habían cruzado las fronteras, y ha pronunciado el nombre de una ciudad de Asia, quizás imposible; y poco después otro periodista que trabajaba en un teletipo se ha dirigido hacia un colega y le ha dicho que habían sido firmados los acuerdos, y ha pronunciado el nombre de otra ciudad lejana y extraña, tal vez posible allí, en su África, pero aquí no menos imposible que la primera: y Spino ha comprendido que el muerto en el que él pensaba no preocupaba a nadie, era una pequeña muerte en el gran vientre del mundo, un insignificante cadáver sin nombre y sin historia, un detritus de la arquitectura de las cosas, un residuo. Y mientras comprendía estas cosas el ruido de aquella moderna sala llena de máquinas se ha apagado, como si su comprensión hubiera apretado un interruptor que nivelaba en el

silencio voces y gestos. En aquel silencio ha tenido la sensación de moverse como un pez atrapado en las redes, su cuerpo ha hecho un movimiento incontrolado y con la mano ha derribado una tacita de café vacía sobre una mesa. El ruido de la taza hecha añicos en el suelo ha reactivado el ruido en la sala, Spino ha pedido excusas al propietario de la taza, este le ha sonreído como queriendo decir que no tenía importancia y él ha salido.

7

Sigue sin nombre el muerto de Via Casedipinte. Es el titular de un artículo de Corrado, lleva sus iniciales al pie. Es un artículo prudente y cansado, lleno de tópicos: la encuesta de los investigadores, recorridas todas las pistas, las pesquisas en un punto muerto.

Spino ha percibido la ironía involuntaria: un punto muerto. Piensa que hay un muerto auténtico, y nadie sabe quién es, hasta el punto de que ni siquiera se le puede declarar legalmente difunto. Solo el cadáver de un joven con la barba espesa y la nariz afilada. Spino comienza a fantasear. Al hospital llegó muerto, pero es posible que en la ambulancia murmurara algo: una imprecación, un conjuro, un nombre. Tal vez llamó a su madre, como es natural, o a una mujer, o a un hijo. Podría tener un hijo, está casado, lleva un anillo en el dedo, en el supuesto de que sea su anillo; pero claro que es suyo, nadie lleva en el dedo el anillo de otro.

No, dice Corrado en su artículo, durante el traslado al hospital no dijo nada, estaba en coma, prácticamente ya estaba muerto, lo testificaron los policías que tomaron parte en el tiroteo.

Spino ha tomado una pluma y ha subrayado las frases que más le interesaban.

Su fotografía ha sido enviada por los investigadores a todas las comisarías italianas, pero sus datos no parecen conocidos en los archivos de la policía… Se supone que si el joven hubiera formado parte de una organización subversiva sus compañeros habrían dado señales de vida de algún modo… En el estado actual de las investigaciones no es posible sostener con seguridad que el joven fuera un terrorista… En los medios judiciales se supone también que la información que le llegó a la policía podría ser fruto de una venganza del hampa común u organizada… El carnet de identidad hallado sobre el desconocido pertenece al señor I. F. de Turín; había sido extraviado hace dos años y denunciada su desaparición en su momento… Y, por último, hay que señalar el curioso detalle del rótulo en la puerta. Es un trozo de plástico, de esos que cualquiera puede hacerse con el dimo, y dice: Cario No-bodi (y no Noboldi como erróneamente referimos ayer). Se trata, por supuesto, de un nombre falso, significativamente copiado del inglés «nobody» («nadie», n.d.r.)…

De repente ha pensado en el anillo. Ha telefoneado a la sección y le ha contestado la voz, de Pasquale.

-¿Todavía lleva el anillo?

-¿Quién es? ¿Qué quiere?

-Soy Spino. Quiero saber si todavía lleva el anillo.

-¿Qué anillo? Pero ¿qué estás diciendo?

-No importa -ha dicho Spino-, ahora voy.

-¿No se ha presentado nadie? -le pregunta Spino.

Pasquale dice que no con la cabeza y levanta los ojos al techo con aire resignado, como queriendo decir que el muerto debe de estar todavía allí. La ropa está en el armarito, la policía la ha dejado porque no la considera de especial interés, ni siquiera se ha preocupado por registrarla a fondo, en caso contrario habría encontrado una foto que llevaba en el bolsillo interior, la muestra, la ha metido debajo del cristal del escritorio, es una foto contacto, de esas del tamaño de un sello, debe de ser una foto antigua, de todos modos tendría que entregársela al policía de guardia, ahora no está, ha estado allí a media mañana y luego le han llamado para un servicio urgente, es un chico que también trabaja con la patrulla.

Contrariamente a lo que Spino pensaba no le resulta difícil quitarle el anillo. Las manos no están tumefactas y además el aro parece más ancho que el dedo. En la parte interior, como esperaba, hay un nombre y una fecha: *Pietro, 12.4.1939*. Pasquale se ha despertado de su somnolencia y ha venido a curiosear. Mastica un caramelo, farfulla algo incomprensible, Spino le muestra el anillo y él lo mira con aire inquisidor.

-¿Pero qué andas buscando? -murmura Pasquale—. ¿Por qué te interesa tanto saber quién es?

8

Han tomado el autocar en la Piazza del Parlasolo, debajo del campanario, el reloj marcaba las ocho, el domingo la plaza está tranquila, casi desierta, los tres autocares estaban en fila con el motor en marcha, cada uno de ellos con un cartel en el parabrisas que señalaba la localidad de destino. El reloj ha tocado ocho campanadas y el chófer ha doblado puntualmente su periódico, ha pulsado el cierre de las puertas automáticas y ha arrancado. Se ha colocado delante, cerca del chófer, Sara junto a la ventanilla. En los asientos del fondo había un grupo de *boy-scouts*, a mitad del pasillo dos viejecitos endomingados, después ellos.

Sara había traído unos bocadillos y sostenía en las rodillas una guía a color con un rosetón de piedra en la portada: *Iglesias románicas de la comarca*. Han recorrido la carretera del litoral semidesierta, los semáforos todavía no funcionaban y el chófer frenaba en los cruces. Después del mercado de las flores han enfilado una carretera ancha que sube rápidamente con amplias curvas, en pocos minutos se han encontrado a media altura, fuera ya de la ciudad, a lo largo de un antiguo acueducto derruido. Y al poco rato estaba en el campo, con bosquecillos y huertos tendidos sobre los ribazos; olivos, acacias y mimosas que parecían a punto de florecer incluso fuera de estación. Debajo de ellos veían el mar y la costa, ambos azulados y velados por un leve vapor que en la ciudad no era perceptible, Sara ha cerrado los ojos y tal vez ha dormido, también él mantenía los ojos entornados dejándose acunar por el balanceo, los *boy-scouts* han bajado una parada antes del pueblo, frente a una imagen votiva, luego el autocar ha recorrido el pueblo y ha maniobrado en la plaza deteniéndose en el rectángulo amarillo pintado sobre el adoquinado. Antes de comenzar la ascensión han tomado un café en una lechería de la plaza, la mujeruca de detrás del mostrador los miraba con una curiosidad que han satisfecho pidiéndole indicaciones sobre el camino para el santuario, ella ha hablado en un dialecto áspero y un poco asilvestrado, dejando al descubierto sus dientes estropeados, han entendido que les sugería comer en una fonda que pertenecía a su hija, donde la cocina es buena y los precios económicos.

Han preferido subir por el camino señalado en la guía de las iglesias, que prometía un sendero empinado pero pintoresco, con escorzos de vistas sobre el golfo y sobre el interior. De repente el campanario rosa y blanco ha asomado entre los robles, Sara ha tomado a Spino de la mano, tirando de él, como dos niños que salen de la escuela.

La plazuela que precede a la iglesia está enlosada con piedra y la hierba crece entre los intersticios de las losas, con un múrete de ladrillos que la separa del precipicio. Desde allá arriba se domina un horizonte amplio, de golfo a golfo, y la brisa del mar llega con arrogancia. Sobre la fachada, junto al portal, una lápida de piedra informa de que en el año de gracia MCCCXXV la imagen de la Virgen que se conserva en el santuario, al ser llevada en procesión hasta el mar,

venció la horrenda pestilencia que afectaba al valle, y que desde entonces la población la eligió como patrona del golfo. La primera piedra del convento anexo fue colocada el 12 de junio de MCCCXXV y la lápida conmemora ese día. Sara ha leído en voz alta su guía exigiendo que él le prestase atención.

El sol era cálido, para comer los bocadillos se han echado en una explanada herbosa al fondo de la plaza de la iglesia, donde una cruz de hierro sobre un pedestal de piedra recuerda una solemne visita episcopal de mil novecientos dieciocho, agradecimiento por el fin de la guerra -está escrito- y de la Victoria. Han comido despacio, disfrutando del placer de estar allí, y cuando el sol ha comenzado a girar por detrás del promontorio dejando sobre la costa una luz velada, han entrado en la iglesia por una puerta lateral cercana al ábside donde hay un fresco en el

que un jinete sobre un caballo blanco atraviesa un paisaje dominado por una ingenua representación alegórica, sobre un fondo de barbechos y fiestas a la izquierda y de incendios y ahorcamientos a la derecha. Después se han paseado a lo largo de las naves, contemplando los exvotos colgados de las paredes. La mayor parte son motivos marineros: naufragios, visiones milagrosas que salvan de la tempestad, veleros con la arboladura devastada por los rayos que encuentran el rumbo adecuado por intercesión de la Virgen. La imagen venerada aparece siempre entre nubes resplandecientes, con la cabeza cubierta por un velo azul, según la iconografía popular, y la mano derecha que, perforando las nubes, hace un gesto de protección hacia la barca juguete de las olas. Caligrafías ingenuas han trazado en los cuadros frases devotas.

Después ha sonado la campana y ha entrado el prior desde la sacristía para celebrar el oficio vespertino. Ellos se han sentado en un lado, cerca del confesionario, leyendo las inscripciones en las losas de las paredes. Han ido a ver al prior en la sacristía mientras se estaba quitando los ornamentos, y él les ha hecho pasar a su estudio, contiguo a las celdas deshabitadas del convento, más allá del refectorio. Puede que les haya tomado por dos esposos maduros deseosos de consejo, quién sabe, o por dos turistas curiosos. Les ha hecho acomodarse en el canapé de una habitación austera: una mesa oscura, un pequeño órgano, una vitrina llena de libros. Sobre la mesa, con una hoja de castaño como señal entre las páginas, había un libro sobre el destino y los tarots. Y entonces Spino ha dicho que había venido por un muerto, y el sacerdote ha comprendido inmediatamente y le ha preguntado si eran parientes o conocidos. Nada de eso, ha dicho él, lo había conocido ya muerto, y ahora estaba metido en la cámara frigorífica, como un pescado, pero había que darle sepultura. El sacerdote ha movido la cabeza con gesto afirmativo, porque desde su punto de vista creía entenderlo, y puede que haya apreciado en boca de otro su propia piedad de hombre creyente. Pero ¿qué podía decir? Sí, le había conocido, pero no en el sentido nominal, siempre había creído que se llamaba Cario, y es posible que se llamara realmente así. Podía decir de él que era un muchacho educado, le gustaba estudiar, había dicho que era pobre, la Orden le había ayudado. No tenía la certeza de que hubiera nacido en Argentina, eso es lo que él había dicho, nunca lo habían puesto en duda, ¿por qué tenían que hacerlo? En los dos meses que había permanecido en el convento había leído mucho, y también habían discutido mucho. Luego se había trasladado a la ciudad por razones de estudio y la Orden había seguido ayudándole de esa manera, con discreta caridad. Lamentaba que se hubiera ido, era un joven muy inteligente.

Los ha mirado a los ojos con insistencia, como hacen a veces los sacerdotes.

-¿Por qué quiere saber algo sobre él? -ha preguntado.

-Porque él está muerto y yo estoy vivo -ha dicho Spino.

No sabe muy bien por qué ha contestado así, le ha parecido la única respuesta plausible, porque, en realidad, no había ningún otro porqué. Y entonces el sacerdote ha cruzado las manos sobre la mesa y al estirar los brazos el hábito blanco ha dejado al descubierto las muñecas, también blancas, y sus dedos han jugado un poco unos sobre otros.

-Me había escrito -ha dicho el sacerdote-, creo que le mostraré la carta.

Ha abierto un cajón y ha sacado un sobre azul que contenía una vista de una ciudad que Spino ve todos los días. Se la ha tendido y él ha leído las pocas líneas trazadas con caligrafía amplia, un poco infantil. Entonces Spino ha preguntado si ya la había visto alguien y el sacerdote ha movido la cabeza sonriendo como para explicar que nadie se había tomado la molestia de ir a visitarlo.

-No resultaría muy útil para las investigaciones -ha dicho-, y además es demasiado cansado subir hasta aquí.

Han intercambiado unas cuantas frases circunstanciales sobre la belleza del lugar y sobre la historia de la iglesia, Sara ha entablado con el sacerdote una amable conversación sobre los frescos, Spino se limitaba a escuchar sus conocimientos mientras nombraban con desenvoltura el Caballero, el Ángel, la Muerte, el Ahorcado; y ha dicho que era curioso, parecían figuras del tarot, y ha señalado el libro que estaba sobre la mesa.

-No sé si le gustará, padre -ha añadido-, es un libro que habla de las extrañas combinaciones de la vida.

El sacerdote ha sonreído y le ha mirado con indulgencia.

-Solo Dios conoce todas las combinaciones de la vida, pero solo a nosotros corresponde elegir nuestra combinación entre todas las posibles -ha dicho-, solo a nosotros.

Y mientras decía eso ha empujado el libro hacia su interlocutor.

Entonces, por jugar, Spino lo ha cogido y lo ha abierto al azar, sin mirar. Ha dicho: «Página cuarenta y seis», y con voz grave, como si fingiera ser un cartomántico, ha leído el primer párrafo. Han reído por cortesía, como se debe hacer después de una frase graciosa, y aquella risa significaba también una despedida, era evidente; así que se han despedido y el sacerdote los ha acompañado a la puerta, el cielo estaba oscureciendo y han bajado a buen paso, porque han oído el claxon del autocar que desde la plaza del pueblo anunciaba su inminente retorno.

Sara se ha desplomado sobre el asiento con un suspiro de satisfacción y se ha arreglado el pelo con malicia. «Tenemos que tomarnos unas vacaciones -ha dicho-, necesitamos unas vacaciones.» Él ha asentido sin decir nada y ha reclinado la cabeza hacia atrás. El conductor ha apagado las luces interiores y el autocar ha abandonado rápidamente el pueblo para correr a media altura. Spino ha cerrado los ojos y ha pensado en el destino, en la frase del libro que había leído, en las infinitas combinaciones de la vida. Y cuando los ha vuelto a abrir el autocar ya navegaba en plena noche y Sara se había quedado dormida con la cabeza sobre su hombro.

9

Al verle parapetado detrás del escritorio, con aquel aire de niño enfurruñado que a veces adopta Corrado cuando tiene demasiado trabajo, Spino ha pensado que, como siempre, a Corrado le gusta interpretar un poco el papel de jefe de sección cínico, un personaje que han visto tantas veces juntos en el cine. Spino llegaba pronto para contarle su excursión dominical. El diario de la mañana, como todos los lunes, hablaba casi únicamente de fútbol y no traía noticias de importancia. Tenía ganas de decirle a Corrado que posiblemente Sara se fuera para unas breves vacaciones, y que si quería contratarle como investigador privado, a título gratuito, era una ocasión que no podía desperdiciar.

Pero cuando Corrado ha dicho: «Otro», haciendo el signo dos con el índice y el medio, su buena disposición se ha desmoronado de repente y se ha sentado sin tener valor para hablar, esperando.

-Esta noche ha muerto el policía -ha dicho, y ha hecho un gesto con la mano, de corte, como para decir: empatados; o bien: final de la historia. Ha habido un largo silencio y Corrado ha comenzado a hojear un dosier, como si el tema estuviera agotado. Luego se ha quitado las gafas y ha dicho tranquilamente-: El funeral se celebrará mañana, el féretro se encuentra en una cámara ardiente dispuesta en el cuartel, las agencias de prensa ya han difundido los telegramas de pésame de las autoridades. -Ha devuelto el dosier a la estantería y ha colocado una hoja en la máquina de escribir-. Tengo que escribir el artículo -ha dicho-, lo hago personalmente porque no quiero problemas, solo pura crónica, sin suposiciones ni arabescos.

Se ha dispuesto a escribir, pero Spino ha puesto una mano sobre la máquina. «Oye, Corrado -le ha dicho-, ayer hablé con un sacerdote que le conoció, vi una carta suya, era una persona sensible, la historia no es tan sencilla como puede parecer.»

Corrado se ha levantado de un salto, se ha acercado a la puerta de su pequeño despacho de cristal y la ha cerrado. «¡Ah, era sensible!», ha exclamado enrojeciendo. Spino no ha contestado, ha sacudido la cabeza en señal de negación, como si no entendiera. Y entonces Conrado ha dicho que le escuchara con atención, porque había solo dos hipótesis. Primera hipótesis: cuando los policías llegaron el muerto ya estaba muerto. En efecto Kid murió en la puerta de entrada. Ahora bien, la pistola que los mató a él y al policía, y en la que faltan seis proyectiles, fue encontrada en la terracita de la cocina, al fondo del pequeño pasillo. ¿Cómo es posible que un muerto retroceda todo el pasillo y vaya a la terraza a dejar la pistola? Segunda hipótesis: la pistola, con alguien que la empuñaba, estaba en la terraza, esperando. Kid lo sabía o no lo sabía, esto es imposible averiguarlo. Cuando los policías llamaron a la puerta. Kid fue tranquilamente a abrirla. En ese momento la pistola surgió de la noche y disparó repetidas veces contra Kid y contra los policías.

Entonces, ¿quién era el muerto? ¿Era un cebo ignorante? ¿Un cebo consciente? ¿Un pobre idiota? ¿Alguien que no tenía nada que ver? ¿Un testigo incómodo? ¿U otra cosa? Todas las hipótesis eran posibles. ¿Se trataba de terrorismo? Tal vez. Pero también habría podido tratarse de otra cosa: venganzas, chanchullos, cosas secretas, chantajes, quién sabe. Es posible que Kid fuera la clave de todo, pero también podía ser únicamente un chivo expiatorio, o bien alguien que había aparecido en un cruce del destino. De una cosa estaba seguro Corrado: que era mejor dejarlo correr.

-Pero no se puede dejar morir a la gente en la nada -ha dicho Spino-, es como si uno muriera dos veces.

Corrado se ha levantado y ha tomado a su amigo por el brazo, empujándole con dulzura hasta la puerta. Ha hecho una mueca de impaciencia señalando el reloj de la pared. «Pero ¿qué andas buscando?», le ha dicho empujándole fuera.

10

Veranillo de San Martín, el invierno se echa encima. Lo decía alguien, cuando él era pequeño, y Spino se ha esforzado en vano en recordar quién era. Lo ha pensado en el andén de la estación barrida por frías ráfagas de viento, agitando el brazo, mientras el tren se hinchaba en la curva. Ha pensado también que en tres días pueden suceder muchas cosas. Y en su interior una voz infantil decía riendo: ¡tres pequeños huerfanitos!, ¡tres pequeños huerfanitos! Era una voz chillona y maligna, pero ajena a él, procedente de un tiempo remoto, cuando de los recuerdos se conserva la turbación pero no el acontecimiento que la produjo. Al salir se ha girado para mirar el cuadrante luminoso del reloj de la fachada y ha dicho para sus adentros: mañana será otro día.

Sara se ha ido de vacaciones. Su escuela ha organizado una excursión de tres días al lago Mayor y Spino le ha aconsejado que participe en ella. Le ha rogado que le envíe postales del Duino y ella ha sonreído con complicidad dándose cuenta de su lapsus. Si hubieran tenido un poco de tiempo lo habrían hablado, años atrás hablaban con frecuencia de Rilke; y ahora a él le habría gustado hablar de una poesía cuyo tema es la fotografía del padre y que durante todo el día ha repetido de memoria.

En casa ha dispuesto los instrumentos en la cocina, para trabajar con mayor comodidad que en el cuchitril donde tiene el cuarto oscuro. Por la tarde se había provisto de reactivos y había comprado una cubeta de plástico en la sección de jardinería de unos grandes almacenes. Ha colocado el papel sobre la mesa de comer subiendo al máximo el caballete de la ampliadora. Ha obtenido un recuadro luminoso de treinta centímetros por cuarenta y ha introducido el negativo de la foto contacto que ha hecho fotografiar de nuevo en un laboratorio de confianza.

Ha impreso toda la fotografía, dejando encendida la ampliadora unos segundos más de lo necesario porque la foto contacto estaba demasiado clara. En la bañera del revelador parecía que los contornos se resistieran a perfilarse, como si una realidad lejana y pasada, irrevocable, fuera reacia a ser resucitada, se opusiera a la profanación de ojos curiosos y extraños, a despertar en un contexto que no le pertenecía. Ha notado que aquel grupo familiar se negaba a volver a exhibirse en el escenario de las imágenes para satisfacer la curiosidad de una persona extraña, en un lugar extraño, en un tiempo que ya no era el suyo. Ha entendido también que estaba evocando unos fantasmas, que intentaba arrancarles, con la innoble estratagema de la química, una complicidad coaccionada, un equívoco compromiso que ellos, ignorantes contrayentes, suscribieron con una improvisada pose entregada a un fotógrafo de entonces. ¡Turbia virtud de las instantáneas! Sonríen. Y aquella sonrisa es ahora suya, aunque ellos no lo quieran. La intimidad de un instante irrepetible de su vida es suya ahora, dilatada en el tiempo y siempre idéntica a sí misma; y visible infinitas veces, colgada goteante de un cordel que atraviesa la cocina. Un arañazo, que la

ampliación ha aumentado de forma desmesurada, lacera diagonalmente sus cuerpos y su paisaje. ¿Es el arañazo involuntario de una uña, el inevitable desgaste de las cosas, la huella de un metal (llaves, reloj, encendedor) con el cual aquellos rostros han convivido en bolsillos y cajones? ¿O bien en la señal voluntaria de una mano que quería eliminar ese pasado? Pero ese pasado, de todos modos, está ahora en otro presente, se ofrece a pesar suyo a un desciframiento. Es la galería de una modesta casa de suburbio, las escaleras son de piedra, en torno al arquitrabe crece una fatigada enredadera que ha abierto campanillas claras; debe de ser verano: la luz parece deslumbrante y los fotografiados visten ropas livianas. El rostro del hombre tiene una expresión sorprendida, y al mismo tiempo indolente. Viste una camisa blanca con las mangas subidas, está sentado detrás de una mesita de mármol, tiene delante de sí un jarro de cristal en el que hay apoyado un periódico doblado por la mitad.

Sin duda estaba leyendo, y el improvisado fotógrafo le ha llamado para hacerle levantar los ojos. La madre está asomando por el umbral, apenas ha entrado en la fotografía y ni siquiera se ha dado cuenta. Lleva un delantalito de flores, el rostro flaco. Todavía es joven, pero su juventud parece ya pasada. Los dos niños están sentados en un peldaño, pero alejados, ajenos el uno del otro. La niña tiene dos trenzas quemadas por el sol, las gafas con montura de concha, unos pequeños zuecos. Sostiene en la falda un muñeco de tela. El chico lleva unas sandalias y unos pantalones cortos. Tiene los codos apoyados en las rodillas y la barbilla apoyada en las manos. Tiene la cara redonda, el cabello con algún rizo brillante, las rodillas sucias. Del bolsillo de los pantalones asoma la horquilla de una honda. Mira hacia adelante, pero sus ojos se pierden más allá del objetivo, como si estuviera observando en el aire una aparición, un acontecimiento ignorado por los demás retratados. Mira ligeramente hacia arriba, sus pupilas lo muestran sin posibilidad de error. Tal vez contempla una nube, la copa de un árbol. En la esquina derecha, donde el terreno prosigue en un camino enlosado sobre el cual el techo de la galería dibuja una escalera de sombra, se vislumbra el cuerpo agazapado de un perro. El ojo del fotógrafo, ignorante de su presencia, lo ha pillado por casualidad en el encuadre, y en la fotografía tiene la cabeza cortada. Es un perrito manchado de negro que se parece a un fox, pero es sin duda bastardo.

Hay algo que le inquieta en esa plácida instantánea de desconocidos; algo que parece escapar a su desciframiento: una señal oculta, un elemento aparentemente insignificante y que, sin embargo, presiente que es fundamental. Luego se acerca atraído por un detalle. A través del cristal del jarro, onduladas a causa del agua, las letras del periódico semidoblado que el hombre tiene delante dicen: *Sur*. Se siente emocionado y se dice: Argentina, estamos en Argentina, ¿por qué me emociono?, ¿qué tiene que ver Argentina? Pero ahora sabe lo que están contemplando los ojos del chico. A espaldas del fotógrafo, inmersa en la vegetación, hay una villa señorial rosa y blanca. El chico mira una ventana con las persianas cerradas, porque esa persiana puede entreabrirse lentamente, y entonces…

¿Y entonces qué? ¿Por qué está pensando esta historia? ¿Qué está inventando su imaginación que se presenta como memoria? Pero precisamente en ese momento, no de forma fingida, sino real dentro de él, una voz infantil llama claramente: «¡Bizcocho! ¡Bizcocho!» Bizcocho es el nombre de un perro, no puede ser otra cosa.

11

Al llegar a la cima de la Via della Salita Vecchia, la ciudad se dispersa en el interior, se relaja en una llanura escabrosa que el baluarte de las alturas no permitiría sospechar. Aquí todavía no ha llegado la oleada de cemento y han sobrevivido edificios de los años veinte que se libraron de las bombas de la guerra: chalecitos de un *déco* caprichoso y pequeñoburgués que ahora la pátina del tiempo ha conseguido en cierto modo ennoblecer. Y también casitas más modestas, rodeadas de tapias y huertecitos, con algún matorral de cañas amarillas junto a los alambres divisorios, como si fuera el campo. La calle principal está flanqueada por dos hileras de casas idénticas y aparejadas, de dos pisos, con una escalera exterior de ladrillos y las ventanas en miniatura. Son las casas construidas en la época fascista, esta zona nació como barrio residencial para los empleados de las empresas municipales, los burócratas, los pequeños profesionales. El lugar ha conservado el decoro, y la tristeza de aquella época y de aquel mundo. Pero el paisaje tiene algo dulce: hay una placita con una fuente, unos arriates y algún columpio oxidado, un banco donde charlan dos viejas señoras con la bolsa de la compra. Y esta dulzura pobre e inmóvil lo hace parecer casi inverosímil: y no menos improbable, tal vez inexistente, es lo que está buscando. F. *Poerio, Sastre, v. Ca-dorna* 15: eso dice la guía telefónica. La chaqueta del muerto es una vieja chaqueta de *tweed* con coderas de piel, puede tener diez años, tal vez quince: es una pista demasiado insignificante para llegar a nada. Y además, quién puede afirmar que se trata del mismo sastre, puede que haya otros Poerio que hacen de sastre en las muchas ciudades de Italia.

Y mientras tanto avanza a lo largo de la Via R. Cadorna, que es un estrecho paseo flanqueado de tilos, las viviendas son chalecitos de dos pisos con los vestigios de un antiguo bienestar, muchos necesitarían pintura en las paredes y en las persianas, los exiguos jardines muestran señales de abandono y hay ropa tendida secándose debajo de algunas ventanas. El número quince es una casa con una verja de hierro forjado sobre la que han trepado hiedras silvestres. La entrada está protegida por una marquesina, también de hierro forjado, de formas vagamente orientales. Un cartel de cristal dice: *Sastrería Poerio*. Las letras del cartel, que en su época fueron doradas, están borrosas y llenas de manchitas, como un espejo antiguo.

El señor Poerio tiene una sonrisa amable, gafas de cristales gruesos que le empequeñecen y alejan los ojos. Parece defendido por un inexpugnable candor, debe de ser la edad, como el hecho de saberse ya pasado. La cristalera se abre sobre una amplia sala pintada de un rosa viejo, con las ventanas alargadas y una cenefa de pámpanos pintada a lo largo del marco del techo. Los muebles son esenciales para la función de la habitación: un canapé decimonónico, un taburete de paja de Viena, una mesa de sastre en una esquina. Y también unos maniquíes, unos cuantos bustos erguidos sobre un palo, colocados sin ningún criterio, abandonados por la habitación: y

por un instante él piensa que son ellos los clientes del señor Poerio, presencias de un tiempo pasado convertidas en maniquíes de madera por amabilidad. Entre ellos hay algunos con los semblantes de personas auténticas, con un rostro de yeso de una rosa que casi se ha convertido en marrón, y unas pequeñas resquebrajaduras blancas en los pómulos o en la nariz. Son hombres de mandíbulas cuadradas y patillas cortas, cabezas que reproducen en el yeso peinados con brillantina, los labios finos y los ojos un poco lánguidos. El señor Poerio le muestra algunos catálogos para la elección del modelo. Deben de ser catálogos de los años sesenta, los pantalones son estrechos y las puntas de las solapas de las chaquetas son muy largas. Él se fija en un modelo menos ridículo, más discreto, luego coloca la chaqueta del muerto sobre un maniquí y la ofrece a la contemplación del sastre. Y si le hiciera un corte

semejante, ¿qué le parece? El señor Poerio reflexiona, está perplejo, tuerce la boca. «Es una chaqueta deportiva -dice dubitativo-, no sé si quedaría bien en un traje como el que usted quiere.» Él le da la razón, pero aquella vieja chaqueta tiene un corte tan perfecto que no desmerecería ni como traje de tarde. Le muestra la etiqueta interior, cosida en el bolsillo, el señor Poerio la reconoce sin dificultad, es su etiqueta, pero así de repente no recuerda la chaqueta, es una chaqueta vieja, ha hecho tantas chaquetas en su vida…

Él dice que lo comprende; pero, haciendo un esfuerzo, ¿tal vez conseguiría recordar?, es decir, encontrar la factura…, acaso en un viejo libro de contabilidad. El señor Poerio lo piensa, ha tomado un trozo de la chaqueta entre el índice y el pulgar y palpa el tejido, pensativo. Hay algo de lo que está seguro, aquella chaqueta la hizo en el año sesenta, esto puede afirmarlo con absoluta seguridad, pertenecía a una pequeña remesa de tela, se acuerda perfectamente, un retal que le había costado una miseria porque era un resto de almacén y el proveedor quería liquidarlo. El señor Poerio muestra ahora una cierta suspicacia, no acaba de entender qué quiere de él. «¿Es usted de la policía?», pregunta. De repente se ha vuelto cauteloso, está claro que teme algo que pueda perjudicarle.

Él, de algún modo, intenta tranquilizarle: dice que no, el traje le interesa de verdad, no debe temer nada, por el contrario, le gustaría pagarle enseguida un adelanto; y después farfulla una extraña explicación. Es una explicación bastante complicada, el señor Poerio no parece nada convencido; de todos modos se manifiesta dispuesto a colaborar, en la medida de lo posible: sigue conservando el pequeño archivo de los que fueron sus clientes, bueno, muchos habrán fallecido, en realidad hace ocho años que ha cerrado la tienda, despidió a los aprendices y se jubiló, ya no había motivo para mantener abierta la sastrería.

«Bueno, vamos a ver…, vamos a ver -susurra maquinalmente hojeando unos talonarios de recibos-, esto es del cincuenta y nueve, pero también hay algún encargo del sesenta…». Lee atentamente manteniendo los talonarios a diez centímetros de su nariz, se ha quitado las gafas y sus ojos son infantiles. «Yo diría que es este -dice con cierta satisfacción-, chaqueta de auténtico *tweed*, solo puede ser este.» Hace una pequeña pausa. «Contable Faldini Guglielmo, Tirrenica, Via Della Dogana 15 rojo.» Levanta los ojos del talonario y se coloca de nuevo las gafas. Dice que pensándolo bien no se siente con ánimos de hacer un traje. Ve tan mal que ni siquiera puede enhebrar la aguja. Y además él no conseguiría hacer los trajes que se llevan en la actualidad.

12

El contable Faldini le recibe en un despacho polvoriento donde un rótulo esmerilado, sobre una puerta de cristales que da a un pasillo oscuro, dice: «Tirrenica Import-Export.» Por la ventana se ven las grúas del puerto, un almacén de uralita y un remolcador que se mece en el agua manchada de aceite. El contable Faldini tiene el aspecto de quien ha escrito durante toda la vida cartas a países lejanos contemplando por la ventana un paisaje de grúas y de contenedores. Su escritorio, debajo de la lámina de cristal, está alfombrado de postales, y a sus espaldas un calendario de colores abigarrados exalta las vacaciones en Grecia. Su aspecto es tranquilo, los ojos son grandes y acuosos, los cabellos grises y cortados a cepillo como era habitual antes. Está realmente sorprendido de ver de nuevo su vieja chaqueta, la perdió hace tantos años, ni siquiera sabría decir cuántos, bueno, unos veinte, quizás.

-¿Realmente perdida?

El contable Faldini juguetea con un lápiz sobre la mesa, el remolcador se ha movido en el marco de la ventana dejando manchas azuladas en el agua. Es difícil decirlo, no lo sabe, o mejor cree que no, digamos que desapareció, le parece. Del puerto, lejano, llega el pitido de una sirena, el contable Faldini mira al visitante con cierta curiosidad, seguro que ahora se está preguntando de qué se trata este asunto de su vieja chaqueta, qué tiene que ver con ella ese señor, adonde quiere llegar. Y a Spino le resulta muy difícil ser convincente, y además no quiere serlo. El contable Faldini le mira con aire tranquilo, seguro que en el libro de contabilidad que tiene abierto delante hay números que significan ciudades de ensueño como Samarcanda, donde la gente tiene tal vez otra manera de ser gente. Spino siente que debe decirle la verdad, o algo que sea semejante a la verdad; bueno, pues ahí tiene la verdad, porque así están las cosas. ¿Lo comprende el contable Faldini? Quizás. O quizás lo entiende mejor, de la misma manera que debe de entender sus sueños de hombre sedentario. Pero no importa, sí, recuerda, era el año cincuenta y nueve, o bien el sesenta, tenía la chaqueta siempre allí, donde está su chaqueta actual, en aquel colgador que hay detrás de la puerta, el despacho estaba exactamente igual que ahora, idéntico. Dibuja un vago gesto en el aire; según su recuerdo solo él era diferente, el joven contable Faldini que nunca llegaría a ir a Samarcanda. Y había también un peón, una especie de recadero, entraba a menudo en el despacho, se ocupaba un poco de todo, hacía aquel trabajo porque necesitaba trabajar, pero antes había sido empleado de aduanas, si no recuerda mal, no sabe por qué había perdido aquella colocación, en su vida se había producido una gran desgracia, no sabría decir cuál, era un hombre taciturno y amable, tal vez enfermo, no era adecuado para hacer de recadero, se llamaba Fortunato, a veces los nombres son realmente una ironía, pero todos le llamaban Córdoba, el apellido no lo recuerda, le llamaban Córdoba porque había estado

en Argentina o en un país de América Latina, sí, su mujer había muerto en Argentina y él había vuelto a Italia con su hijo, un chiquillo, las pocas veces que hablaba, hablaba siempre de su chiquillo, aquí no tenía parientes y lo había metido en un colegio, bueno, no era exactamente un colegio, un internado de una solterona que albergaba a unos cuantos niños, una especie de escuela privada pero en plan modesto, no sabría decir dónde estaba, tiene la impresión de que quizás cerca de la iglesia de Santo Stefano, el niño se llamaba Carlito, Córdoba hablaba siempre de Carlito.

Suena un teléfono en una habitación cercana. El contable Faldini parece sorprendido, al regresar a su presente mira preocupado hacia la puerta, y luego a sus libros: la mañana está pasando rápida, expresan ahora sus ojos, en los cuales Spino descubre también pudor y turbación. Bien, una última cosa y se irá; se trata de si quiere echar

una mirada a esta foto, ¿este hombre sentado ahí debajo del porche podría ser Córdoba?, ¿lo reconoce? ¿Y el chiquillo? El contable Faldini sostiene la foto con delicadeza entre el índice y el pulgar, la aleja de su cara, es présbita, no, dice, no es Córdoba, pero, qué extraño, se le parece mucho, podría tratarse de su hermano, aunque no sabe si Córdoba tenía un hermano, y en cuanto al chiquillo, nunca llegó a ver a Carlito.

Ahora el contable Faldini juguetea nerviosamente con el lápiz, parece absorto. Bueno, no quisiera que me interpretara mal: eh, los objetos, son siempre tan precarios nuestros objetos, cambian de lugar, traicionan incluso el recuerdo. ¿Cómo es posible que no se haya acordado? En cualquier caso ahora lo recuerda perfectamente, aquella chaqueta se la regaló a Córdoba, un día le hizo un regalo, Córdoba iba siempre mal vestido, y era una buena persona.

13

-Dicen que estoy loca, porque vivo sola con todos estos gatos, pero a mí me da igual. ¿No habrá venido usted por lo de la verja? La verja de la entrada, tuve que hacerla pintar de nuevo porque una camioneta del ayuntamiento la abolló haciendo maniobras, ocurrió hace algún tiempo, debería usted estar más al corriente que yo, ¿no? De todos modos, claro que me acuerdo de Carlito. Pero no estoy segura de que sea el mismo niño que el de su fotografía, mire, parece demasiado rubio para ser él, y además es difícil decirlo. El Carlito que estaba aquí conmigo era un niño alegre, quería a los animalitos de la tierra: moscardones, hormigas, luciérnagas, las orugas verdes y amarillas, aquellas con ojos saltones y un poco peludas…

El gato que estaba agazapado en su falda se sobresalta y desaparece de un brinco. Ella también se levanta, conserva unas fotografías, nunca tira nada, le gusta conservar los objetos, saca de una gaveta cajitas, cintas, un rosario, un álbum de madreperla. Le invita a hojear el álbum con ella, entre dos se ve mejor. Hay fotografías amarillentas de hombres malcarados, apoyados en balaustradas de cartón, con el nombre del fotógrafo estampillado a los pies de los retratados; y también un soldado con aire triste y una dedicatoria escrita en diagonal, un «Vittorio Veneto» en mil novecientos dieciocho, una vieja sentada en una butaca de mimbre, una Florencia atravesada por carrozas, una iglesia, un grupo de familia fotografiado demasiado lejos, una niña con guantes blancos y las manos juntas, recuerdo de una primera comunión. Hay varias páginas vacías, un perro con ojos melancólicos, una casa con glicinas y persianas sobre la cual una caligrafía femenina ha escrito *perfume de un verano*. En la última página hay un grupo de niños, están dispuestos en forma de pirámide en un pequeño patio, los de delante en cuclillas, luego una hilera de pie, y por último una hilera más alta, puede que les hayan hecho subirse a un banco. Él los cuenta, son veinticuatro; a su derecha, de pie y con las manos cruzadas, está la señorita Elvira de entonces, pero la diferencia no es muy grande. Están colocados demasiado lejos del objetivo para que se pueda intentar con éxito reconocer sus caras: el único que podría ofrecer alguna semejanza con la imagen que él busca es un rubito de la primera fila, tiene la misma posición del cuerpo, se sostiene la barbilla con una mano apoyando el codo en la rodilla, pero resulta imposible identificarlo.

¿Y la señorita Elvira se acuerda del padre de aquel niño? No, no se acuerda de su padre, solo sabe que había muerto, igual que su madre, le quedaba únicamente un tío, pero ¿está seguro de que se llamaba Carlito?, a ella le parece que Carlino, bueno, da igual, era un niño alegre, le gustaban las criaturitas de la tierra, moscardones, hormigas, luciérnagas, las orugas verdes y amarillas…

Y de pronto se encuentra vagando de nuevo en busca de nada, los muros de estas callejas

parecen prometerle un premio que no alcanza a conseguir, como si constituyeran el recorrido de un juego de la oca hecho de casillas vacías y de trucos, en el cual él sigue girando, esperando que en un momento dado la rueda se pare y la bolita caiga en un número que le dé significado a todo. Y mientras tanto allí está el mar, que él contempla. Sobre el mar pasan siluetas de naves, alguna gaviota, nubes.

14

Hay días en los que la belleza temerosa de esta ciudad parece desvelarse: en las jornadas tersas, por ejemplo, de viento, cuando una brisa que precede al viento garbino barre las calles crepitando como una vela tensa. Entonces las casas y los campanarios adquieren una nitidez demasiado real, con unos perfiles demasiado marcados, como una fotografía contrastada, la luz y la sombra se enfrentan con violencia, sin confundirse, dibujando tableros negros y blancos de manchas de sombra y de deslumbramientos, de callejas y de plazoletas.

Tiempo atrás elegía estos días para pasear por la vieja dársena, cuando no tenía nada que hacer, y se le ha ocurrido pensar en aquellos tiempos mientras recorría la vía muerta de las furgonetas a lo largo del muelle, regresando a pie a la ciudad. Habría podido tomar el autobús que vuelve a la ciudad por los túneles del cinturón de ronda, pero ha preferido recorrer la dársena siguiendo los vericuetos de los muelles, tenía ganas de vagabundear por aquel escabroso paisaje de hierro que le recordaba su infancia, los chapuzones desde la gabarra con neumáticos a lo largo de las quillas, aquellos veranos pobres cuyo recuerdo se le ha quedado grabado dentro como una cicatriz.

En el astillero abandonado, donde antes se reparaban los vapores, ha visto el caparazón de una nave sueca echada sobre un lado: se llama *Ulla*, y las letras amarillas, curiosamente, han escapado al fuego que ha devastado el vapor dejando enormes manchas pardas sobre la pintura. Le ha parecido que aquel paquidermo próximo a la desaparición había ocupado siempre aquel rincón de la dársena. Un poco más lejos ha encontrado una destartalada cabina telefónica, ha pensado en telefonear a Corrado para ponerle al corriente, por otra parte era justo que le informase, en cierto modo aquel encuentro se lo debía a él.

-Pero ¿dónde estás?, ¿por qué has desaparecido de ese modo?

-No he desaparecido, estoy en la dársena, no te preocupes.

-Sara te ha estado buscando, te ha dejado un recado aquí, en el periódico, dice que prolongan la excursión tres días más, se van a Suiza.

Una gaviota que llevaba un rato revoloteando se ha posado en el brazo de una bomba de agua, justo al lado de la cabina telefónica, y ha comenzado a mirarle tranquilamente rascándose las plumas con el pico.

-Junto a mí tengo una gaviota, junto al lado de la cabina telefónica, parece que me conozca.

-¿Qué dices?… Óyeme, ¿dónde le has encontrado?, ¿qué te ha dicho?

-Ahora no puedo contártelo, aquí hay una gaviota que está escuchando, debe de ser un espía.

-No seas idiota, ¿dónde estás, dónde lo has encontrado?

-Ya te lo he dicho, estoy en la dársena. Nos hemos visto en el club náutico, alquilan barcas y hemos dado un paseo en barca.

La voz de Corrado se ha hecho más confidencial, tal vez había entrado alguien en el despacho.

-No te fíes -ha dicho-, no hagas nada sin tomar precauciones.

-No es cuestión de fiarse o no, me ha hecho una sugerencia y yo la compruebo, él no sabía nada de la historia, pero hay alguien que tal vez sabe algo y él me ha dicho quién es.

-¿Quién es?

-Te he dicho que no puedo decírtelo, no quiero hablar por teléfono.

-Ahí no hay nadie que pueda oírte, y por mi teléfono puedes hablar, dime quién es.

-Por favor, ¿crees que me ha dado el nombre y el apellido? Es muy astuto, solo me lo ha dado a entender. -Entonces dámelo a entender también a mí.

-No lo entenderías.

-¿Y tú por qué lo has entendido?

-Porque es alguien que conocí casualmente hace años, es un músico.

-¿Dónde toca?

-Corrado, por favor, no puedo decirte nada.

-De todos modos el asunto no me gusta, y tú eres demasiado ingenuo, ¿me entiendes? Es como un pantano, dondequiera que pongas los pies corres el riesgo de hundirte.

-Disculpa, Corrado, ahora tengo que irme, se está haciendo tarde. Y además la gaviota se ha enfadado, quiere telefonear, me está haciendo señas furiosas con el pico.

-Ven inmediatamente, te espero en el periódico, no me iré a casa solo para verte.

-Puede que mañana, ¿de acuerdo?, ahora estoy cansado, y además esta noche tengo algo que hacer.

-Prométeme que irás con cuidado.

-De acuerdo, mañana nos llamamos.

-Espera un momento, me he enterado de algo que tal vez te interese. El magistrado ha dispuesto la inhumación, el caso está archivado.

15

Hace veinte años el Tropicale era un pequeño *night-club* de aspecto equívoco frecuentado por marineros americanos; ahora se llama Louisiana y es un piano-bar con butaquitas y lamparillas sobre las mesas. En la lista de precios, junto a la puerta de entrada, en una vitrina de terciopelo verde, se ve escrito: *al piano Peppe Harpo.*

Peppe Harpo es Giuseppe Antonio Arpetti, Sestri Levante, 1929, expulsado del Colegio de Médicos en 1962 por su excesiva indulgencia al recetar estupefacientes; en la época de la universidad tocaba el piano en guateques, tenía cierto talento e imitaba a la perfección a Erroll Garner. Después del escándalo comenzó a tocar en el Tropicale, interpretaba mambos y cancioncillas en veladas cargadas de humo, una consumición quinientas liras; la salida de seguridad, pasados los reservados, desembocaba en un descansillo donde había una puerta coronada por un neón con un cartelito: Pensión - Zimmer - Rooms. Luego, en un momento dado, desapareció durante seis o siete años, dijeron que en América, cuando apareció de nuevo llevaba unas garitas redondas y bigotes grises, se había convertido en Peppe Harpo, pianista de jazz. Con su regreso el Tropicale se convirtió en el Louisiana. Alguien dijo que había comprado el local, que había hecho dinero tocando en orquestas americanas. Que hubiera ganado dinero no lo creyeron improbable, parecía capacitado para ello, pero que lo hubiera hecho aporreando el piano resultaba dudoso para mucha gente.

Spino se ha sentado en una mesita aislada y ha pedido un *gintonic*. Harpo tocaba *In a little Spanish town* y le ha parecido que no le había visto, pero luego le han servido la bebida sin el tíquet del precio. Ha pasado largo rato a solas, sorbiendo lentamente su bebida y escuchando viejas melodías. Después, a eso de las once, Harpo ha hecho una pausa y han sustituido el piano por una grabación de melodías bailables. Mientras Harpo se acercaba entre las mesas, Spino ha tenido la impresión de que en su rostro había una expresión contrita y al mismo tiempo decidida, como si pensara: pídeme lo que quieras, pero esto no, esto no puedo decírtelo. *Lo sabe,* ha susurrado una voz en su interior, Harpo *lo sabe*. Por un instante Spino ha pensado en poner sobre la mesa la foto del Kid niño y no decir nada, sonriendo con el aire socarrón de quien sabe de qué va la cosa; en cambio se ha limitado a decir que tal vez había llegado el momento de que Harpo le devolviera el favor, que le disculpara si se lo decía con franqueza, quería decir el favor de ayudarle a encontrar una persona, como él había hecho tiempo atrás. En la cara de Harpo se ha dibujado una expresión de estupor que parecía auténtica, mientras esperaba sin decir nada; y entonces Spino ha sacado la fotografía del grupo.

-Es este -ha dicho señalando al niño.

-¿Es un pariente tuyo?

Él ha negado con la cabeza.

-¿Quién es?

-No lo sé, es lo que quiero saber, es posible que se llame Garlito.

Harpo le miraba con suspicacia, como si se esperara una trampa o temiera que le tomara el pelo. ¿Estaba loco? Esa gente iba vestida como en los años cincuenta, era una fotografía vieja, aquel niño era hoy un hombre, qué diablos.

-Lo has entendido perfectamente -ha dicho Spino-. Ahora tiene la barba oscura, también el pelo se ha oscurecido, ya no es rubio como en la foto, pero el rostro sigue conservando algo infantil, ha estado varios días con-

migo bajo hielo, las personas que le han conocido guardan silencio, nada, ni una llamada anónima, como si nunca hubiera existido, le están borrando el pasado.

Harpo miraba a su alrededor con cierto malestar. Una pareja de una mesa próxima los observaba con interés.

-No hables en voz alta -ha dicho-, no es necesario molestar a los clientes.

-Oye, Harpo -ha dicho él-, si uno no tiene valor para seguir adelante nunca entenderá nada, se verá obligado únicamente a jugar durante toda la vida sin saber por qué.

Harpo ha llamado a un camarero y le ha pedido una copa.

-Pero ¿quién es él para ti? -le ha preguntado en voz baja-, es un desconocido, no significa nada en tu vida.

Hablaba susurrando, estaba incómodo y sus manos parecían nerviosas.

-¿Y tú? -le ha dicho Spino-, ¿quién eres para ti? ¿Sabes que si un día quisieras averiguarlo tendrías que buscarte, reconstruirte, hurgar en viejos cajones, recuperar testimonios de otras personas, rastros diseminados aquí y allá y perdidos? Todo es oscuridad, hay que avanzar a tientas.

Harpo ha hablado todavía más bajo y le ha dicho que probara una dirección, pero no estaba seguro. Su rostro expresaba claramente que con esto le había devuelto el favor para siempre.

16

Se llama «Da Egle». Es una panadería, como ha oído decir a alguien; las paredes están forradas de azulejos blancos y hay un mostrador de cinc detrás del cual la señora Egle, trabajando en un pequeño horno de leña, sirve tortas y pan de garbanzos. Spino se ha sentado en una de las mesitas de mármol y una criada con aire macilento y un delantal gris como una reclusa ha venido con un trapo a limpiar la superficie de los restos del anterior parroquiano. Él ha pedido torta de garbanzos y luego ha puesto claramente a la vista de todo el mundo la *Gaceta Oficial*, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Ha empezado a observar a los clientes y a formular algunas hipótesis. En la mesa contigua a la suya hay dos rubias maduras que charlan en voz baja estallando de vez en cuando en estridentes carcajadas. Tienen aspecto acomodado y llevan ropa vistosa y cara: podrían ser dos prostitutas retiradas que han administrado bien sus ingresos y dirigen ahora una tienda o algún negocio relacionado con su oficio anterior pero ennoblecido por una fachada de decencia. En una esquina hay un jovencito embutido en un chaquetón y sumido en la lectura de una revista en cuya portada un gurú gordo con túnica anaranjada señala con el dedo el pan de garbanzos que tiene delante. También hay un viejecito de aspecto vivaz, con el cabello teñido de un negro que en las sienes adquiere reflejos rojizos, como ocurre con ciertos tintes de mala calidad, corbata abigarrada y zapatos blancos y marrones calados. ¿Traficante, protector, viudo asaltado por frenesíes aventureros? Todo es posible. Por último hay un tipo larguirucho apoyado en el mostrador. Charla con la señora Egle y sonríe mostrando un hueco enorme en el semicírculo superior de los dientes. Tiene un perfil caballuno y el cabello engominado, una chaqueta que le deja al descubierto las muñecas huesudas, pantalones de trabajo. La señora Egle parece estar negando algo que el larguirucho le pide con insistencia; luego, con un gesto de condescendencia, pone un disco en el decrépito gramófono que está en una esquina del mostrador y que solo parecía tener una función decorativa. Es un disco de 78 revoluciones, graznante, se oyen un par de compases de orquestina y luego una voz de falsete rayada por los arañazos que el disco tiene en los surcos. Es increíble, es *II tango delle capinere* cantado por Rabagliati, el larguirucho hace un gesto de complicidad a la criadita y ella, dócil pero al mismo tiempo con un aire turbio, se deja llevar en un tango de pasos largos que cautiva inmediatamente la atención de los parroquianos. La muchacha apoya una mejilla en el pecho de su caballero, hasta donde le permite llegar su estatura, pero le cuesta mucho trabajo seguir sus poderosas zancadas que la pasean con prepotencia por el local. Acaban con un plástico *casqué*, y todos aplauden. Incluso Spino lo hace, y luego abre el periódico, aparta el plato y finge sumergirse en la lectura de la *Gaceta Oficial.*

Mientras tanto el jovencito del gurú se ha levantado con expresión ausente y paga la cuenta.

Al salir no se digna mirar a nadie, como si tuviera demasiadas cosas en la cabeza. Las dos rubiales se están arreglando el maquillaje y dos cigarrillos con una mancha de carmín en el filtro arden en su cenicero. Salen riendo, pero ninguna de ellas muestra especial interés por Spino ni por el periódico que está leyendo. Él levanta los ojos del periódico y su mirada se cruza con la del viejo verde. Es una mirada prolongada e intensa, y Spino siente una leve capa de sudor en las palmas de las manos. Dobla el periódico y lo apoya encima del paquete de cigarrillos, aguardando el primer movimiento. Piensa que tal vez tendría que hacer algo, pero no sabe muy bien qué. Mientras tanto la chica ha terminado de arreglar las mesas y ha comenzado a echar serrín húmedo por el suelo frotando las baldosas con un cepillo mayor que ella. La señora Egle está pasando cuentas detrás del mostrador, el silencio se ha apoderado del local y reina una atmósfera cargada de alientos, de cigarrillos y de madera quemada. Luego el viejo verde sonríe: es una sonrisa estereotipada y mecánica, acompañada de un ligerísimo gesto de la cabeza y de un ademán elocuente. Spino comprende el equívoco que ha alimentado, la confusión le hace sonrojarse, y luego siente ascender en su interior una rabia sorda y un disgusto por aquel lugar y por su estupidez. Llama con un gesto a la chica y pide la cuenta. Ella se acerca ansiosamente secándose las manos en el delantal. Le anota la cantidad en la servilleta de papel, sus manos están hinchadas y enrojecidas con una capa de serrín pegada al dorso, parecen dos escalopes. Luego le mira con suficiencia y murmura con voz átona: «Está quedándose calvo, leer después de comer hace caer el pelo.» Spino la mira estupefacto, como si no creyera en lo que está oyendo. No es posible que sea ella, piensa, no es posible: y casi debe retenerse para no agredir a aquel adefesio que sigue mirándole con altanería. Pero ella, en el mismo tono profesional y distante, le está mencionando un herbolario que vende productos para el pelo en el Vico Spazzavento.

17

Vico Spazzavento es un nombre que le va que ni pintado a este callejón aplastado entre muros llenos de cicatrices. El viento forma un remolino justo en donde un filo de sol, cruzando angosturas y trapos que ondean en lo alto contra un pasillo de cielo, ilumina un montoncito de detritus que giran en redondo: una corona de flores secas, periódicas, una media de nailon.

La tienda es un sótano con puerta batiente, parece el antro de un carbonero, y de hecho en el suelo también hay sacos de carbón, aunque el letrero sobre el arquitrabe especifique: «Especias-pinturas.» Sobre el mostrador hay una pila de diarios que se utilizan para envolver las mercancías, un viejecito dormitaba sobre una sillita de paja, junto al carbón, se ha levantado, Spino ha sido el primero en saludar, él ha mascullado un buenos días, se ha apoyado en el mostrador con aire desganado y como ausente.

-He oído decir que aquí venden lociones para el pelo -ha dicho Spino.

El viejo ha contestado con competencia, se ha apartado ligeramente del mostrador y le ha examinado los cabellos, ha enumerado ciertos productos con nombres curiosos, zolfex, catramina; y también plantas y raíces: salvia, ortiga, ruibarbo, cedro rojo. Cree que el cedro rojo es lo más conveniente, así a primera vista, aunque convendría hacer un análisis del pelo.

Él ha contestado que quizás el cedro rojo esté bien, no lo sabe, no conoce las virtudes del cedro rojo.

El viejo le ha mirado con aire incierto, elevaba unas gafitas metálicas y barba de dos días. No ha dicho nada. Spino ha procurado no dejarse vencer por el ansia, ha explicado con calma que no ha comprobado el tipo de cabellos que tiene, son simplemente frágiles, de todos modos no quiere un producto comercial, quiere una loción especial, ha subrayado la palabra especial, aquella cuya fórmula *solo* él conoce, ha venido aconsejado por personas de confianza, es extraño que no le hayan avisado.

El viejo ha movido una cortina, ha dicho que esperara y ha desaparecido. Él ha vislumbrado por un instante un zaquimaquí con un hornillo de gas y una bombilla encendida, pero no ha visto a nadie. El viejecito ha comenzado a hablar, a pocos metros de Spino, un murmullo. Le ha contestado una voz de mujer, tal vez una vieja. Luego han callado. Después ha vuelto a hablar en voz muy baja, era imposible entender lo que decían, luego se ha oído un chirrido, como de un cajón que se abre, y finalmente silencio de nuevo.

Los minutos han pasado con lentitud, desde allí no se oía ni un ruido, como si los dos hubieran salido por otra puerta dejando que esperara como un estúpido. Spino ha tosido con ostentación, ha hecho ruido con una silla, y entonces el viejecito se ha asomado por la cortina y le ha mirado con reprobación.

-Tenga paciencia -ha dicho-, es un minuto.

Ha rodeado el mostrador y ha cerrado con un cerrojo la puerta batiente que daba a la calle. Se movía con cierta circunspección, ha mirado al cliente, ha encendido una «señorita», ha regresado a la trastienda. Las voces han vuelto a susurrar, con mayor frecuencia que antes. La tienda estaba casi a oscuras, la luz diurna que penetraba por la ventanilla enrejada se había debilitado, los sacos de carbón a lo largo de las paredes parecían cuerpos humanos abandonados en el sueño. Spino no ha podido dejar de pensar que tal vez el desconocido estuvo a su vez en esta tienda y como él aguardó en la penumbra, y puede que el viejecito le conociera bien, supiera quién era, sus motivos, sus razones.

Finalmente el hombrecillo ha vuelto con aire sonriente, llevaba en la mano una botellita marrón como aquellas en que venden la tintura de yodo en las farmacias, la ha envuelto cuidadosamente con un trozo de diario, se la ha tendido por encima del mostrador en silencio. Spino le ha mirado a su vez, ha titubeado, quizás ha sonreído.

-Procure no equivocarse -ha dicho-, es importante.

El viejo ha descorrido el cerrojo, ha vuelto a sentarse en su sillita y ha reanudado las cuentas interrumpidas. Ha simulado de manera ostensible que no le había oído.

-Ahora váyase -ha dicho-, las instrucciones están en la etiqueta.

Él se ha metido la botellita en el bolsillo y se ha ido, se ha despedido, el viejo ha contestado que también ha puesto salvia en el producto, para darle un poco de aroma; y a Spino le ha parecido que seguía sonriendo. En el Vico Spazzavento no había nadie, le ha parecido que el tiempo no había transcurrido, que todo se había desarrollado con demasiada celeridad, como un acontecimiento acaecido en un tiempo remoto y que la memoria revive en un relámpago.

18

Le ha preguntado al guardián si conocía un monumento con un ángel y una lechuza; este ha mirado al visitante fingiendo concentrarse cuando se notaba perfectamente que estaba desorientado, ha dicho de todos modos que debía de estar en la galería Oeste, está claro que para no quedar mal, y ha hecho alarde a cambio de unos conocimientos no requeridos. «Debe de ser una de las primeras tumbas -ha dicho-, en la época romántica la lechuza era un animal de moda.» Luego, mientras Spino se alejaba en la dirección del brazo tendido, el guardián le ha recordado que el cementerio cierra a las cinco, y que tuviera cuidado para no quedarse encerrado dentro. «Siempre se queda alguien, sabe», ha añadido como para suavizar la perentoriedad de su advertencia.

Él ha hecho un gesto de complicidad y se ha encaminado a lo largo de la avenida asfaltada que recorre longitudinalmente los cuadrados centrales. El cementerio estaba casi desierto, tal vez debido a la hora y al desapacible día de viento. Unas cuantas viejecitas enlutadas, en medio de los cuadrados, se atareaban limpiando las tumbas. Resulta curioso que se pueda pasar la vida en una ciudad sin conocer uno de sus rincones más célebres. No había entrado nunca en este cementerio monumental descrito en todas las guías turísticas. Ha pensado que para conocer un cementerio es posible que sea necesario tener en él los propios muertos, y sus muertos no estaban en ese lugar ni en ningún otro; y ahora lo visitaba porque había adquirido un muerto ajeno, que, sin embargo, no estaba allí, al que ni siquiera le unían los recuerdos de una vida pasada.

Ha empezado a pasearse entre las tumbas, leyendo distraídamente las lápidas de los muertos recientes; luego la curiosidad le ha empujado hacia la escalinata del feo templo neoclásico donde están las urnas de algunos grandes hombres del Risorgimento y sobre cuyo frontón una inscripción latina establece un incongruente nexo entre Dios y la patria. Ha cruzado un segmento de la zona oriental donde surgen tumbas de un extravagante *coppede* todo agujas y pináculos junto a austeros palacetes neogóticos, y no ha podido dejar de notar que en aquella zona se concentraron en cierta época todos los notables de la ciudad: aristócratas, senadores del reino, almirantes, obispos; y también familias para las cuales la nobleza de su patrimonio compensó la escasa nobleza de su sangre: armadores, comerciantes, los primeros industriales. Desde el pórtico del templo se puede descifrar la primitiva geometría del cementerio, que las sucesivas intervenciones han alterado considerablemente. Pero el concepto que expresaba ha permanecido inalterado: al sur y al este los barrios aristocráticos; al norte y al oeste las tumbas monumentales de la burguesía comercial; en los cuadrados centrales, a ras de suelo, las residencias populares. Existen además unas cuantas zonas de clases fluctuantes, de desclasados; ha visto una galería entera de filántropos, junto a la escalinata del templo; benefactores, científicos, intelectuales de

varios tipos. Es curioso cómo la Italia decimonónica reprodujo fielmente para la coreografía de la muerte la separación de clases practicada durante la vida. Ha encendido un cigarrillo y se ha sentado en la cima de la escalinata, sumido en sus pensamientos. Se ha acordado del *Acorazado Potemkin*, como cada vez que ve una escalinata enorme y blanca, y también de una película ambientada en la época fascista que le había gustado por su escenografía. Por un instante se le ha antojado que también él estaba viviendo la escena de una película y que desde abajo un realizador estaba filmando, detrás de una cámara invisible, su estar sentado allí pensando. Ha mirado el reloj y ha constatado que eran solo las cuatro y cuarto, así que aún le faltaban quince minutos para la cita. Ha caminado a lo largo de la galería Oeste parándose a contemplar los monumentos y a leer los epitafios. Se ha detenido largo rato delante de la vendedora de avellanas, contemplándola con atención. Su rostro está plasmado con un realismo que no pretende ser indulgente con los rasgos de una fisonomía plebeya. Es evidente que la vieja posó para el escultor con su traje de fiesta: el corpiño de encaje asoma debajo de un chal de mujer del pueblo, una falda elegante cubre los pesados pliegues de otra falda, en los pies lleva chancletas. Alrededor de los brazos lleva las sartas de avellanas que vendió durante toda la vida, inmóvil en una esquina de la calle, para hacer que le esculpieran esa estatua que ahora, de tamaño natural, contempla al visitante con orgullo. Un poco más allá un epígrafe sobre un bajorrelieve que recuerda torpemente el trono Ludovisi, informa que Matilde Giappichelli Romanengo, mujer virtuosa y amable, superado apenas el sexto lustro, dejaba en la desolación a su esposo y a las niñas Lucrezia y Federiga. Esto sucedía el día 2 de septiembre de 1886, y las dos niñas, que sostienen piadosamente la sábana sobre la cual la señora Matilde está volando al cielo, han escrito al lado: Oh, querida mamá, ¿qué te ofreceremos sino oraciones y flores?

Ha recorrido lentamente la galería hasta encontrar la tumba con el ángel y la lechuza. Ha observado que una gaviota solitaria, empujada tal vez por el viento garbino, estaba planeando sobre los cuadrados como si tuviera intención de aterrizar. En días como estos, cuando el garbino sopla con violencia, no es raro ver gaviotas hasta en las zonas más altas de la ciudad: remontan a bandadas el canal lleno de detritus y luego se pasean por tierra firme en busca de alimento. Eran las cuatro y media en punto, Spino se ha sentado en el múrete de la galería dando la espalda a la tumba y ha encendido otro cigarrillo. Debajo de la galería no había nadie y las viejecitas de los cuadrados eran cada vez más escasas. Al otro lado de los cuadrados, en una esquina próxima a los cipreses, ha visto un hombre que parecía recogido cerca de una cruz y ha comenzado a observarlo. Los minutos han pasado con lentitud sin que el hombre se moviera, después se ha incorporado precipitadamente y se ha dirigido hacia la plaza de salida. Spino ha mirado a su alrededor y no ha visto a nadie. Su reloj marcaba ahora las cinco menos cuarto y ha comprendido que ya no acudiría nadie a esa extraña cita. O bien, probablemente, nadie debía acudir: solo querían saber si él iría, y ahora alguien que él no podía ver tal vez le estaba observando, estaba comprobando si su disponibilidad era auténtica. Había sido sometido a una especie de prueba.

La gaviota, con ligereza, se ha posado en el suelo a pocos metros de él y ha comenzado a caminar torpemente entre las tumbas con aire curioso y tranquilo, como un animal doméstico. Él ha hurgado en los bolsillos y le ha arrojado un caramelo que el animal ha engullido inmediatamente, moviendo la cabeza y esponjando las plumas con satisfacción. Luego ha realizado un pequeño vuelo, casi un salto, y se ha posado en el hombro de un pequeño soldado de la primera guerra mundial, contemplándole plácidamente.

-¿Quién eres? -le ha dicho Spino en voz baja-, ¿quién te envía? En la dársena también me

estabas espiando, ¿qué quieres?

Faltaban dos minutos para las cinco. Spino se ha levantado apresuradamente y su brusco movimiento ha asustado a la gaviota, que ha iniciado un vuelo oblicuo y ha ido a planear sobre el otro cuadrado, cerca de la escalinata. Antes de irse, Spino ha dirigido una mirada a la tumba del ángel y de la lechuza y ha leído el epígrafe que en el ansia de la espera había pasado por alto. Solo entonces le ha parecido entender que alguien pretendía simplemente que él leyera aquel epígrafe, que en eso consistía la cita, que este era el mensaje. Debajo de un nombre extranjero, dentro de un pergamino en bajorrelieve, había una máxima griega con la debida traducción al lado: *Muere el cuerpo del hombre, virtud no muere.*

Ha echado a correr y el ruido de sus pasos ha resonado con fuerza bajo las bóvedas. Cuando ha llegado a la salida el guardián estaba haciendo correr la puerta sobre el pequeño raíl y él le ha saludado velozmente.

-Se ha quedado una gaviota -le ha dicho-, me parece que tiene intención de quedarse a dormir.

El hombre no ha contestado nada, se ha quitado la gorra y se ha alisado los cabellos sobre el cráneo casi calvo.

19

Ha encontrado el mensaje en el buzón, al regresar: una nota escrita con rotulador donde se indicaba el lugar y la hora.

Se la ha metido en el bolsillo y ha subido la escalera de su viejo edificio; mientras entraba en casa el campanario de San Donato ha comenzado a dar las seis, él ha corrido a la puerta de la terraza y la ha abierto de par en par porque deseaba que ese sonido penetrara en toda la casa y la llenase. Se ha quitado la corbata y se ha desplomado en la butaca estirando las piernas sobre la mesita. Desde aquella posición solo veía el perfil del campanario, las pizarras de un tejado y a continuación una franja del horizonte. Ha cogido una hoja en blanco y ha escrito, en caracteres grandes y también él con rotulador: «¿Llora? ¿Quién era Hécuba para él?»

Ha colocado la hoja junto a la nota y ha pensado en el nexo que las unía. Ha sentido la tentación de llamar a Corrado y de decirle: «Corrado, ¿te acuerdas de este verano?, he entendido perfectamente lo que significa.» Ha mirado el teléfono pero no se ha movido, se ha dado cuenta de que no conseguiría explicarse; tal vez se lo escribía a Sara, pero sin dar grandes explicaciones, simplemente tal como ahora él lo había entendido por intuición, y también ella lo entendería, que el comicucho que lloraba (pero ¿quién era?), aunque bajo otra forma y de otra manera, veía en Hécuba a sí mismo. Ha pensado en la fuerza que tienen las cosas para regresar y en lo mucho de nosotros mismos que vemos en los demás. Y como una ola que le hubiera envuelto, tibia y avasalladora, ha recordado un lecho de muerte y una promesa hecha y jamás mantenida. Y ahora aquella promesa reclamaba su realización, pero, claro, encontraba en él, en aquella investigación, su manera de cumplirse: un modo diferente y aparentemente incongruente que obedecía sin embargo a una lógica implacable como una geometría desconocida: algo que se podía intuir pero no formular según un orden racional o un porqué. Y ha pensado que existe un orden de cosas y que nada sucede por azar; y el azar es justamente esto: nuestra incapacidad para entender los auténticos nexos entre las cosas que existen, y ha percibido la vulgaridad y la soberbia con las que unimos las cosas que nos rodean. Ha mirado a su alrededor y ha pensado en cuál sería el nexo entre el jarro que había sobre el arcón y la ventana. No tenían ningún parentesco, eran ajenos el uno al otro; a él le parecían plausibles solo porque un día, hace muchos años, había comprado aquel jarro y lo había puesto sobre el arcón al lado de la ventana. Entre aquellos dos objetos, el único nexo eran sus ojos que los veían. Pero algo, algo superior a esto, debía de haber empujado su mano a comprar aquel jarro: y aquel gesto olvidado y apresurado era el verdadero nexo; y en aquel gesto estaba todo, el mundo y la vida, y un universo.

Y ha pensado de nuevo en aquel joven, y entonces ha visto claramente la escena; eso es lo que había sucedido, y él lo sabía. Le ha visto salir de su escondite y situarse deliberadamente en

la trayectoria de los proyectiles buscando la bala exacta que le provocara la muerte; le ha visto avanzar a lo largo del pasillo con calculada determinación, como quien sigue la geometría de una trayectoria para cumplir una expiación o realizar un simple nexo entre los acontecimientos. Eso es lo que había hecho Cario Nobodi, que de niño se llamaba Carlito: había establecido un nexo; a través de él las cosas que existen habían encontrado el modo de dibujar su trama.

Así que ha cogido la hoja sobre la cual había escrito la pregunta sobre Hécuba y la ha colgado con una pinza del tendedero de la terraza, ha vuelto a sentarse en la misma posición y la ha mirado. La hoja aleteaba como una bandera en la fuerte brisa, era una mancha clara y crepitante contra la noche que estaba cayendo. Se ha contentado con mirarla largo rato, estableciendo de nuevo un nexo entre aquella hoja que se movía en la penumbra y la

línea del horizonte que poco a poco se desvanecía en la oscuridad. Se ha levantado despacio porque le había invadido un enorme cansancio: pero era un cansancio tranquilo y pacífico que le llevaba de la mano hacia la cama como si se hubiera vuelto niño.

Y por la noche ha tenido un sueño. Era un sueño que no había tenido desde hacía varios años, demasiados años. Era un sueño infantil, y él era ligero e inocente; y mientras soñaba tenía la curiosa conciencia de haber recuperado aquel sueño, y esto aumentaba su inocencia, como una liberación.

20

Ha pasado el día ordenando sus libros. Es increíble la cantidad de periódicos y de papeles que pueden acumularse en una casa: se ha desprendido de gruesos montones, limpiando el diván y los rincones donde habían ido amontonándose a lo largo de los años. También han terminado en el cubo de la basura muchos fondos de cajones, cosas viejas, bagatelas que nunca acabas de tirar por pereza o por aquella inefable pena que provocan los objetos unidos al pasado de nuestra vida. Cuando ha terminado, la casa no parecía la misma, lo que le habría gustado a Sara, pobrecita, que durante tanto tiempo ha soportado aquel indescriptible desorden. Al atardecer le ha escrito una carta y la ha metido en un sobre que ya llevaba sello, con la intención de enviarla mientras iba a la cita. Luego ha telefoneado a Corrado, pero le ha respondido el contestador automático. Se ha visto obligado a colgar porque de buenas a primeras no ha sido capaz de dejar el recado que la voz grabada pedía; después ha preparado una frase y ha marcado de nuevo el número. «Hola, Corrado -ha dicho-, soy Spino, solo quería saludarte y decirte que pienso en ti con afecto.» Cuando ha colgado se ha acordado de un día de hace muchos años, entonces ha vuelto a marcar el número: «Corrado, soy yo otra vez, ¿te acuerdas de aquel día que fuimos a ver Picnic y nos enamoramos de Kim Novak?» Solo después de colgar se ha dado cuenta de que había dicho algo ridículo, pero ahora ya no podía remediarlo. Luego ha pensado que es posible que Corrado no lo encontrara ridículo, puede que solo le pareciera extraño oírlo en el contestador automático.

A la hora de la cena se ha preparado un tentempié con una latita de salmón que conservaba en la nevera desde hacía muchísimo tiempo y con una piña rociada de oporto. Cuando ha caído la noche ha enchufado la radio sin encender la luz y ha permanecido en la oscuridad fumando y contemplando desde la ventana las luces del puerto. Ha dejado que pasara el tiempo, le gusta escuchar la radio en la oscuridad, siempre le ha dado una sensación de lejanía. Luego el campanario de San Donato ha dado las once y él se ha desperezado. Ha lavado los platos y ha ordenado la cocina a la luz de la vela porque temía la violencia de la luz eléctrica. Ha salido a las once y media, ha cerrado la puerta con llave y ha dejado la llave debajo del jarrón de flores de la galería, donde la deja siempre para Sara.

Ha echado la carta en el buzón próximo al quiosco de periódicos, ha tomado el Vico del Calafati y ha bajado la escalinata hasta la carretera de la costa. Los restaurantes del puerto estaban cerrando; un viejecito hundido en dos botas de goma que le llegaban a las caderas estaba lavando con una manguera su puesto de pescado. Ha recorrido la galería de la Ripa hasta la estación marítima, después ha cruzado la carretera y ha proseguido a lo largo de las vías del tranvía que han sobrevivido al asfalto, junto a la verja divisoria. En su dirección estaba bajando un vigilante nocturno con su ciclomotor, ha pasado junto a él y le ha deseado buenas noches; ha

dejado que se alejara y ha entrado en la zona portuaria a través de una portezuela giratoria junto a la gran puerta de la aduana. En el edificio de los aduaneros todavía había luz. Ha preferido atajar a través de un breve laberinto de contenedores para no arriesgarse a que le vieran, ha recorrido un malecón donde estaba atracada una patrullera de la policía del puerto y se ha encontrado en los muelles comerciales. Ha sobrepasado el Muelle Viejo, atestado de balas de algodón, y se ha detenido delante de los diques secos. Frente a él no quedaba ni rastro de presencia humana; todas las luces estaban a sus espaldas: las linternas de una nave anclada en un malecón y dos ventanas iluminadas de la estación marítima. Ha caminado unos quinientos metros, teniendo como punto de referencia el semáforo suspendido sobre la carretera de la costa, que su derecha. A la luz de una cerilla ha leído una vez más el recorrido

por realizar, ha arrugado la hojita y la ha arrojado al agua. Ha visto la silueta oscura del almacén, debajo de la osamenta de los puentes metálicos; se ha sentado en una escalerilla de hierro, al borde del agua, y ha encendido un cigarrillo. El campanario de San Donato ha dado las doce. Ha titubeado durante unos minutos contemplando el mar oscuro y un resplandor inseguro en el horizonte. Para llegar al almacén ha tenido que rodear unos enormes contenedores colocados a lo largo del malecón sin ningún criterio. La explanada estaba iluminada por unos fanales amarillos antiniebla que despedían de su cuerpo cuatro sombras proyectadas cada una de ellas en dirección opuesta a la otra. Ha llegado a la parte trasera del almacén pasando por el lado sobre el cual incidía débilmente el polvillo de luz de los fanales. En el asa de la puerta había una cadena sin candado que ha hecho deslizar sobre las anillas. Ha abierto una hoja y en la oscuridad interior ha penetrado una larga franja de luz amarilla que se ha quebrado en la esquina de enfrente sobre un montón de cajas. Ha tosido tres veces de manera distanciada y perentoria, como debía hacer, pero desde dentro no le ha llegado ninguna respuesta. Ha permanecido inmóvil en la franja de luz, ha tosido de nuevo, nadie ha contestado.

-Soy yo -ha dicho en voz baja-, estoy aquí.

Ha esperado un momento, luego ha repetido en voz más alta: «Soy yo, estoy aquí.» Solo en ese instante ha tenido la absoluta certidumbre de que en aquel lugar no había nadie. A pesar suyo ha comenzado a reír, primero sin hacer ruido, después con mayor fuerza. Se ha vuelto y ha mirado el agua, a pocos metros de distancia. Después ha avanzado en la oscuridad.

NOTA AL MARGEN

Este libro es deudor de una ciudad, de un invierno especialmente frío y de una ventana. Escribirlo no me ha producido excesiva alegría. He observado, de todos modos, que cuanto más envejecemos más tendemos a reimos a solas; y esto me parece un progreso hacia una comicidad más pausada y en cierto modo autosuficiente.

Spino es un nombre inventado por mí, y es un nombre al que he tomado cariño. Alguien podría notar que es una abreviatura de Spinoza, filósofo al que no niego amar; pero sin duda significa también otras cosas. Spinoza, dicho sea de pasada, era sefardí, y como mucha de su gente llevaba la línea del horizonte dentro de los ojos. En realidad, la línea del horizonte es un lugar geométrico, porque se desplaza mientras nosotros nos desplazamos. Me gustaría mucho que mediante un sortilegio mi personaje lo hubiera alcanzado, porque también él lo llevaba en los ojos.

A. T.